

El **CORSARIO** **AZUL**

4304



TORMENTA
SOBRE
YUCATAN

Por J. LEÓN



BIBLIOTECA
4115

Fernando de Taboada, intrépido espía, informa de una próxima incursión por tierra el sangriento pirata Francois

L'Olonais

y sus no menos terribles lugartenientes. La hermosa Lucero, moza del mesón «Los buenos vinos», por la cual suspiran todos los aventureros del Caribe, se enamora de Fernando de Mendoza, oficial de alabarderos de la tripulación de «El Antillano». ¿Podrá el capitán Villegas desbaratar los sanguinarios planes de

L'Olonais?

¿Llegarán a buen termino los amores de Lucero y Mendoza?



J. León

Tormenta sobre Yucatán

El Corsario Azul - 4

ePub r1.1

Lds 07.06.18

Título original: *Tormenta sobre Yucatán*

J. León, 1949

Dibujante portada e interiores: F. Batet

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



El **CORSARIO** **AZUL**

R.D. J. LEÓN



Tormenta sobre Yucatán

Ediciones  Cliper



TORMENTA SOBRE YUCATÁN

CAPÍTULO PRIMERO

NUBES EN EL HORIZONTE

El sol resplandecía sobre la Tortuga. Las blanqueadas casas de techos rojos mostraban en sus abiertas ventanas los semblantes tostados que las ocupaban.

Por las empinadas calles que conducían al puerto bajaba una extraña comitiva. La multitud se agolpaba para verles pasar y les despedían con gritos de entusiasmo.

Quizá resulta algo exagerado afirmar que era una extraña comitiva. Hubiera resultado sorprendente en cualquier parte del mundo, pero en la Tortuga era igual a la multitud que la despedía.

En cabeza marchaba un hombre esbelto y elástico, de elevada estatura. Vestía con elegancia, y, cosa casi increíble en aquella época, y en aquel clima, iba descubierto. Sus negros cabellos caían hasta sus hombros y su semblante, de un moreno verdoso, era indudablemente el de un hombre guapo. Un ligero bigote adornaba su labio superior y en sus delgados labios bailaba una sonrisa eterna y cruel. Sus ojos encendidos desmentían la frialdad de aquella sonrisa y de toda su persona emanaba una sensación de diabólica maldad.

Era el sanguinario y célebre bucanero Francois L'Olonais.

Con la mano apoyada en la empuñadura de su acero, el Olonés capitaneaba a sus hombres encaminándose hacia el muelle, donde le aguardaban los buques.

A su derecha marchaba un gigante rubio y colorado, con la cara completamente afeitada. Era su segundo Moisés Van Vin. A su

izquierda se veía a un hombre flaco y huesudo, con el pelo casi blanco de puro rubio. Era Edward Davis, un capitán asociado a su empresa. El segundo de éste, el irlandés Smoe, con la cabeza envuelta en un pañuelo verde, vistiendo una casaca de mosquetero y unos amplios calzones de marino, lucía su machete, con el que gustaba de torturar a sus víctimas.

Luego venía el conjunto de hombres más famosos en todo el Caribe por su crueldad y por su valor salvaje.

Destacaba la figura gigantesca y hercúlea del negro Santos Kakaracou, que iba desnudo casi por completo. Se cubría tan sólo con un ligero taparrabos blanco y lucía unos aretes de oro en las orejas. La piel que cubría sus músculos relucía a causa del sudor y sus blancos dientes contrastaban con las facciones oscuras. Sus ojillos amarillentos eran astutos, feroces y brutales. Empuñaba un alfanje descomunal que apoyaba en el hombro.

A continuación venía el italiano Renzo, que fué soldado en otras épocas y a quien gustaba vestirse con elegancia. En los abordajes solía robar las prendas más caras y apoderarse de todos los objetos lujosos con los que pudiera adornarse. En medio de la compañía de bucaneros semidesnudos y sucios destacaba su musculosa figura envuelta en sedas y encajes, de displicentes ademanes. Pero los que le conocían bien no se dejaban engañar por su frágil aspecto. Renzo era cruel hasta el sadismo y gozaba dando muerte a sus víctimas.

Venía después el contraamaestre de L'Olonais,

el sueco Fiorsen, rubio y anguloso, de gran fuerza física y lenta mentalidad que había sido ballenero en otros tiempos. Y el contraamaestre de Davis, el escocés Angus Donalbain, que vestía aún su gorra de montañés y lucía una «claymore»^[1] y un extraño personaje de quien se decía que

L'Olonais

amaba como a un hermano y del que jamás se separaba, ya que le traía buena suerte, igual que un amuleto.

Era el enano Gremillon, de enorme cabeza y anchos hombros, que se lanzaba cuchillo en mano contra el enemigo dando chillidos igual que una rata.

Después marchaba el grueso de la fuerza bucanera. Bronceados y barbudos, cubiertos de tatuajes, marchaban con las armas apoyadas

en el hombro. Sus ropas eran producto de los saqueos y no respondían a ninguna moda. Cada uno se apropió de las prendas que más le agradaron y se las colocó sin preocuparse de si el jubón correspondía los calzones. Y así se veía un rico colete de ante sobre unos pantalones de marinero, un justillo de seda manchado de grasa y de vino y unas botas de cordobán sobre unos rotos pantalones.

La mayoría se anudaba pañuelos de chillones colores en la cabeza, aunque algunos lucían amplios chambergos o sombreros de palma y no faltaba, el que lucía un yelmo español.

La comitiva llegó al muelle, donde una gran muchedumbre se congregaba. Aquellos que les habían saludado por las calles les siguieron después, uniéndose a los que esperaban en el puerto.

Monsieur de la Place acudió asimismo a despedir a los bucaneros. No era su costumbre hacerlo, ya que el elegante Gobernador prefería no codearse más que con los capitanes, pero aquel día hizo una excepción. Se trataba de una importante expedición que con toda seguridad traería mucha riqueza a la Tortuga.

La Place saludó a L'Olonais, a Davis y a Leach. Les deseó buena suerte y confió en su rápido regreso.

Francois se ajustó la faja e hizo un signo con la mano.

—¡*Partous!*

Luego las tripulaciones embarcaron en los buques. El Olonés quedó al mando de la nave capitana y Davis y Leach quedaron cada uno como jefes de sus naves. El más satisfecho de todos era Moisés Van Vin, que había ascendido a capitán y que creía que con esta expedición su suerte quedaría sellada.

Se izaron las anclas y las naves se alejaron del puerto, despedidas por un sin fin de manos que agitaban pañuelos y sombreros.

En aquellos instantes un hombre cruzaba a toda prisa la confusa y no delimitada frontera entre Haití y Santo Domingo.

* * *

La posada «Mesón de Buenos vinos» se encontraba en todo su

esplendor. Los dientes se agrupaban junto a las mesas y charlaban en pie, sosteniendo con la mano el vaso de vino.

El «Mesón de Buenos vinos» era uno de los más populares de Santo Domingo. Situado entre el puerto y la fortaleza, se reunían allí soldados, marineros y espadachines. Todos sus parroquianos eran gentes de bronce, aventureros luchadores del Caribe. Muy pocos comerciantes o labradores se veían por el mesón y éstos acudían atraídos por la belleza de Lucero, una de las mozas que servían en la posada. El resto de los parroquianos eran hombres acostumbrados a desnudar la tizona con rapidez y a liarse a cintarazos con cuantos les molestaran.

No lejos del mesón se extendía un campo rodeado de palmeras donde solían batirse aquellos que habían tenido una cuestión en la posada.

Pero aquella gente camorrista y pendenciera era asimismo generosa y no resultaba incomprensible que el severo propietario del mesón la prefiriese a todos los demás. Ciertamente que en ocasiones algunos se ponían molestos y que sobre todo cuando jugaban a los dados y perdían era muy fácil que los aceros salieran a relucir, y que cuando algún cliente que no tenía dinero con que pagar pedía más vino y había que dárselo, pero los días en que a los soldados les entregaban su paga, los espadachines tenían una buena racha y los corsarios volvían de alguna expedición, no regateaban, y pagaban sin discutir el precio.

Todos los clientes estaban más o menos enamorados de Lucero. Cuando llegaban a la isla y la veían la primera vez que acudían al mesón, le hacían una corte apasionada y ciega, pero la muchacha sabía mantenerlos a raya y desde aquel momento se convertían en sus platónicos adoradores. Ninguno se atrevía a tomarse demasiadas libertades, ya que los pocos que lo intentaron debieron sufrir el furor de aquellos enamorados siempre dispuestos a batirse por la joven.

Era Lucero una muchacha de veinte años esbelta y ágil, de mediana estatura y cabello negro, peinado en dos trenzas que lucía arrolladas en la nuca. Su piel era muy blanca y sedosa y sus grandes y aterciopelados ojos despedían chispas que enloquecían a los aventureros. Las cejas negras y las sedosas pestañas eran la admiración de todos aquellos enamorados. Sus labios rojos y

sensuales se abrían, mostrando unos dientes blancos e iguales. Sus hombros redondos se veían cubiertos por una blusa blanca que dejaba al descubierto su cuello. El corpiño mostraba su talle esbelto y al andar ondulaba ligeramente las caderas. Se movía a través de las mesas, atendiendo a todo el mundo y repartiendo sonrisas. Para todos tenía una frase amable y para los pacíficos comerciantes que acudían a la posada con el fin de admirarla siempre encontraba una palabra a propósito. Lucero reía constantemente y alegraba ella sola a toda la clientela. Al dar una vuelta procuraba que la falda se alzara un poco para permitir que los clientes admirasen sus diminutos pies. En ocasiones cantaba acompañándose con la vihuela, y su voz opaca y acariciadora, era recordada por los soldados durante las guardias y por los marineros en las noches azul y plata del trópico.

En aquellos momentos, Lucero se encontraba muy atareada sirviendo bebidas a todos los clientes y respondiendo a los saludos de sus más antiguos admiradores. Los comerciantes sentados en la mesa de costumbre la adoraban con estúpida veneración.

Un espadachín, guapo y elegante, contemplaba a la joven, mientras con una mano se atusaba el fino bigote, y descansaba la otra en la empuñadura de la espada. Acababa de llegar de España y jamás creyó encontrar una mujer como aquélla. Era un hombre voluntarioso y no le agradaba esperar.

Cruzó la sala y se dirigió hacia Lucero.

—A fe mía que nunca creí que las perlas de las Indias fuesen tan bellas —declaró con pasión.

La joven le dirigió una mirada y respondió con una sonrisa:

—¿Os burláis acaso, señor hidalgo?

—Líbreme el cielo de mofarme de una mujer. Te digo en verdad que tus ojos valen más que los diamantes de la corona de un rey.

—Quizá. Y mire vuesa merced que resultan más difíciles de obtener.

El espadachín iba entusiasmándose por momentos. Estaba dispuesto a conseguir aquella muchacha sin reparar en medios.

—Otros que valían menos que yo conquistarán una corona —dijo, al tiempo que la tomaba por la muñeca.

Lucero se irguió con desafío. Callaron en la sala todas las conversaciones y las miradas se posaron furiosas en la petulante

figura del espadachín.

Éste, ajeno a todo lo que ocurría, sonrió mientras atraía a la joven hacia sí.

—Ni en la corte de España se ven mujeres como tú. Yo...

Nunca se supo lo que iba a decir puesto que un guante de manopla cruzó la habitación y fué a golpear al espadachín en la cara. Revolvióse éste, soltando a Lucero, y echó mano a la espada. La joven se apartó de él a toda prisa y corrió instintivamente hacia la puerta de la posada.

De pie en los escalones que conducían a la calle se encontraba un corsario, con las piernas abiertas y las manos en jarras. En una de éstas faltaba el guante que había atrojado al espadachín.

Los parroquianos murmuraron un nombre:

—Fernando Mendoza. Es Fernando Mendoza.

Era el llamado Fernando Mendoza alto y hercúleo, de anchos hombros, estrechas caderas y largas piernas, enfundadas en botas de cordobán. Vestía una camisa blanca, de cuello abierto, que contrastaba con su piel tostada, y pantalones oscuros sujetos por una faja del mismo color. Usaba guantes negros de manopla y le cruzaba el pecho un sencillo tahalí de cuero del que pendía una larga tizona. Cubría sus endrinos y largos cabellos con un amplio chambergo negro también, sin adornos ni plumas. Sus ojos oscuros y profundos, aparecían bajo unas cejas de enérgico trazo y se adornaba su enjuto semblante con un bigote negro. Era muy joven y de toda su persona emanaba un aire de orgulloso aplomo que le hacía simpático, pero en el modo de mirar al espadachín no se advertía ninguna simpatía ni amabilidad. Se mostraba altanero y agresivo.

CAPÍTULO II

UN SEGUNDÓN DE CASTILLA

Fernando Mendoza era uno de los muchos hidalgos que se extendieron por el mundo, afianzando con su espada el poderío español.

Hijo segundo de un caballero castellano que no pudo legarle más que una tizona, unas doblas, muy pocas, y un apellido que durante varias generaciones había sido bruñido en los campos de batalla.

Con todo, el joven, cuando abandonó su pueblo para encaminarse a la corte, se creía capaz de deslumbrar a todo Madrid.

En la capital de España gastó con rapidez sus pocas doblas, se batió cada día con algún adversario y enamoró a varias muchachas. Como no contaba más que quince años, esta existencia le pareció la más hermosa del mundo, pero al encontrarse sin recursos ingresó en el ejército, marchando a Italia. Allí ganó honra, pero no provecho, con lo que pronto marchó a Malta, uniéndose a los «levantes», con los que se batió contra los piratas berberiscos. Aunque ganaba mucho con los repartos de los botines, como buen caballero lo gastaba todo en el puerto de Malta, donde era muy popular, sobre todo entre las mujeres.

Sin embargo, no tardó en hastiarse del Mediterráneo y quiso regresar a España. Pidió y obtuvo licencia del Comendador de la Orden de Malta y volvió a la Península.

Como aún tenía dinero se compró un lujoso traje y un caballo y alquiló un criado. Se encaminó a su pueblo, donde todos juzgaron que debía tratarse de algún noble de la corte y le recibieron con el sombrero en la mano, haciéndole grandes reverencias. El joven

arrojó varias monedas de oro a los niños y entró en su casa, con la punta de la tizona bien, alta y el chambergo ladeado sobre la oreja.

No tardaron en enterarse los lugareños que se trataba de Fernandillo, el hijo del capitán Mendoza, que regresaba de Italia. Aunque los dejó algo extrañados, no dudaron de que el joven había hecho fortuna en Italia y se le abrieron todas las puertas. El segundo aprovechó ésta estancia para maravillarse a las hijas de los nobles de la comarca y para vapulear al alguacil que años antes le propinó una paliza porque asaltó un huerto.

Pasados algunos días marchó a la corte, donde, en breve, se encontró sin un céntimo. Vendió el caballo y parte de sus ropas. Encontró a su antiguo capitán, que le propuso ingresar en su compañía con el grado de sargento, pero Fernando sentía la comezón de conocer nuevas tierras. Hacía poco había entablado amistad con un alférez que volvía de América. Éste le habló de los desiertos de Nueva España, de las selvas del Brasil y de las Antillas y de los montes siempre nevados del Virreinato de la Plata.

Fernando deseó visitar esas nuevas tierras, donde la aventura y la suerte brotaban para los soldados de fortuna. Reunió cierta cantidad de dinero y embarcó hacia La Española, sin más bagaje que su espalda, la ropa puesta y algunas doblas, muy pocas. Más o menos se encontraba en las mismas condiciones que cuando cinco años antes llegó a Madrid, pero en la actualidad ya no era un novato. Se había curtido en la guerra de Italia y entre los «levantes», donde obtuvo la categoría de teniente. Desembarcó una mañana de sol en Santo Domingo, y, como tantos otros segundones, fué a parar a las Cuatro Calles; aquella intercesión de arterias en las que los hidalgos pobres, pendencieros y orgullosos, esperaban que la fortuna les sonriera, y la fortuna sonrió a Fernando Mendoza.

Cierto día trabó conocimiento con Juan Pérez de Lerma, que solía acudir a las Cuatro Calles para saludar a antiguos amigos y recordar las épocas en que él a su vez era tan pobre como los demás. Trabó conocimiento el alférez con el arrogante segundón y muy pronto intimaron, adivinando Pérez de Lerma que aquel mozo era de la misma madera que él mismo y que el capitán Villegas. Como Fernando se encontraba sin ocupación, y cargado de deudas por añadidura, y en «El Antillano» había plazas vacantes, le propuso para que se alistase, y debido a su historial de soldado Mendoza

ingresó como cabo.

No era extraño que un hidalgo sentase plaza como soldado, puesto que no existiendo academias militares, todos debían ascender desde el grado inferior. Todos, sin distinción de castas ni orígenes, se entraban en filas y comenzaban desde abajo su carrera. Era casi un motivo de orgullo para los grandes títulos de España que sus primogénitos hiciesen un aprendizaje de soldado, pudiéndose retirar si así lo deseaban una vez concluido el compromiso. Para ser ascendido a alférez, cosa que debía hacer el Capitán con el visto bueno del maestro de campo o coronel, era necesario haber servido cuatro años en guerra o seis en paz. Muchos grandes generales fueron soldados rasos, figurando entre ellos Filiberto de Saboya.

Entró Fernando a formar parte de los piqueros de «El Antillano» y muy pronto comprendió Diego que habían realizado una gran adquisición. Era valiente y decidido, no le faltaba astucia y su alegría resultaba contagiosa. Manejaba la pica y la espada con habilidad y como su fuerza física era grande, resultaba un enemigo peligroso. Además, con las pistolas poseía casi tanta puntería como el capitán y con la daga sólo Fajeda podía competir con él y vencerle.

Al cabo de unos cuantos combates en que su coraje quedó una vez más bien demostrado, Diego le nombró jefe de los alabarderos.

Formaban los alabarderos en aquella época un grupo de choque dentro de cada sección de piqueros. Al mando de un cabo, los veinticinco soldados avanzaban en cabeza, siendo los primeros en las cargas y los que abrían brecha en las formaciones enemigas. Como es natural, los alabarderos solían ser los más bravos, pero también los más indisciplinados. En «El Antillano» incluía a caballeros tan distinguidos como El Tuerto, Menergas y El Extremeño. En un principio los mandaba Fajeda, pero como Pedro se negaba a aceptar grado alguno, fué necesario buscarles un cabo que fuera capaz de meterles en cintura, y el hombre ideal para este menester fué Mendoza. Sin perder su sonrisa, les bajó los humos, demostrando en la lucha que valía tanto como el que más. Villegas quedó muy satisfecho del segundón y éste, a su vez, quedó muy satisfecho del capitán.

Su cargo le hizo una de las personas más importantes del galeón,

después de Matholi, de Azogue y de Leyden, que estaban más en contacto con los corsarios.

Cuando regresó a Santo Domingo, exhibiendo su nueva graduación, fué considerado por todos como un soldado de una pieza. Por su parte, los alabarderos le admiraban tanto que jamás se separaban del cabo y, como personas más conocedoras de la ciudad, le mostraban los lugares más interesantes. Cierta noche le acompañaron al «Mesón Buenosvinos», Rodeado por sus tres admiradores más fervientes, los dignos y excelentes caballeros Menergas, El Tuerto y El Extremeño, Fernando entró en el local.

Desde los escalones contempló la sala repleta de corsarios, de soldados, de espadachines y de marineros y descendió hasta ocupar una de las mesas que por casualidad se encontraba vacía, sin apartar la mirada de un extremo de la habitación.

Lucero cantaba acompañándose de la vihuela. Su voz melodiosa y cálida parecía adormecer los instintos salvajes de aquellos hombres, despertando en cambio sus sentidos.

Fué inevitable que los ojos de la muchacha observasen la gallarda figura del segundón, así como resultó inevitable que se encontraran sus miradas.

Fernando se sentó en compañía de sus soldados, y mantuvo la vista fija en Lucero, que pretendía apartar sus pupilas del sonriente corsario sin éxito alguno. Como un imán le atraían aquellos ojos negros, obligándola una y otra vez a volver hacia él la mirada.

Cuando concluyó su canción, Lucero se mantuvo apartada de Mendoza, pero todos pudieron comprender la fascinación que sobre ella ejercía.

Al fin, Mendoza pagó y se marchó. La joven mantuvo la mirada fija en la puerta, sintiendo un hondo desengaño porque él no había hablado con ella.

Volvió al día siguiente y Lucero se ruborizó al ver al corsario. Incapaz de contenerse fué ella misma a servirles el vino que preferían los alabarderos.

Mendoza la saludó con una sonrisa.

—Tienes una voz tan hermosa como tus ojos —aseguró.

Lucero esbozó una sonrisa y desvió la mirada, al tiempo que Menergas decía:

—Éste es Fernando Mendoza, nuestro jefe.

—He oído hablar de vos —exclamó la joven, y enseguida se arrepintió.

El corsario se atusó el bigote y preguntó con simulada modestia:

—¿Has oído hablar de mí? Confío en que no será para mal.

Lucero negó con la cabeza y se alejó a servir a otras mesas, sintiendo que la seguían aquellos ojos negros que le quemaban el alma igual que si fueran brasas.

En los días que siguieron, intimaron más, y cuando entraba Fernando en la posada, la joven no permitía que nadie más le sirviera y en todas las ocasiones que le era posible se acercaba a su mesa y charlaban. Le agradaba mucho la amena conversación del corsario, que le describía las tierras que había conocido. Lucero era criolla y jamás salió de Santo Domingo. Sobre todo se sentía fascinada por los relatos que Mendoza hacía de la corte de Madrid y en los que el corsario mentía descaradamente.

Un cambio muy grande se había efectuado en la vida de Lucero, Aunque jamás dio ánimos a ninguno, le agradaba aquella corte de salvajes y apasionados admiradores. Entre ellos se sentía más feliz y más orgullosa que una reina. Pero desde que conoció a Fernando Mendoza, el trato diario con los clientes de la posada le resultaba insufrible. Procuraba apartarse de ellos, excepto cuando el corsario pudiera verla. Durante las horas en que no le veía, se mostraba melancólica y triste. Por las noches, cuando él regresaba al buque en que vivía, la joven se retiraba a su habitación y se asomaba a la ventana, procurando distinguir, entre el bosque de vergas del puerto, los masteleros de «El Antillano». A la más leve referencia a los corsarios o al capitán Villegas se ruborizaba y cuando alguien la informaba de que había visto a Mendoza por la ciudad, se mordía los labios, devorada por los celos. Si alguna noche Fernando no acudía a la taberna, era preciso que se contuviese para no soltar sus lágrimas.

En cierta ocasión, el corsario acudió a la posada después de faltar dos días seguidos. Lucero no le prestó ninguna atención. Simuló no verle y sirvió a todos los demás clientes, con una exagerada sonrisa de alegría.

Fernando se sentó en la mesa de costumbre y bebió vino, sin apartar de ella su mirada.

Se vació la taberna de gente y Lucero se dispuso a limpiar la

sala, antes de acostarse. El posadero se había retirado y la joven se encontraba sola en el mesón. Se acercó en silencio a la mesa que solía ocupar el corsario y la acarició, al tiempo que apretaba los labios. Había sido una estúpida al hacerse ilusiones. Fernando no se fijó en ella más que en otras. Debía apartarlo de sus pensamientos. ¡Pero le quería tanto!

—Buenas noches.

Se volvió la muchacha sobresaltada. Recostado en una columna se veía a Fernando, que la contemplaba, con una sonrisa.

—Creí que os habíais marchado.

—No. Era necesario que me quedara para hablar contigo. Quiero que me expliques tu actitud.

Lucero se estremeció. No se sentía capaz de resistir la mirada de fuego del corsario.

—Nada tengo que explicar —balbuceó.

—¿Por qué has pretendido injuriarme? —quiso saber Mendoza.

—Yo no...

—Sí. Lo has intentado —aseguró Fernando avanzando hacia ella —. Simulaste que no me conocías para que todos se rieran de mí.

—Os equivocáis. No me importa lo más mínimo que no vengáis a la posada y que os divirtáis con vuestras damas —exclamó la joven, enfureciéndose por momentos.

Mendoza la escuchaba, sin perder su sonrisa, y, lentamente, avanzó hacia ella. Lucero calló asustada y se apartó, pero chocó contra la pared.

—Marchaos. Dejadme sola —suplicó.

Fernando, sin atender a sus palabras, se acercó aún más y la estrechó entre sus brazos. La joven, con los ojos dilatados por el terror, colocó ambas manos en el pecho del corsario para impedir que se acercase, pero al ver tan cerca el semblante moreno del segundón entornó los ojos, exhaló un suspiro y apoyó la cabeza en el hombro de Fernando, que la estrechó con más fuerza aun.

Por un instante permanecieron inmóviles. Mendoza abrazaba a la muchacha, al tiempo que la besaba y murmuraba su nombre:

—¡Lucero! ¡Lucero!

Las manos de la joven se aferraban a la blanca camisa del aventurero. Sentía bajo la fina tela los músculos elásticos del soldado de fortuna. Lentamente, sus dedos subieron hasta acariciar

las facciones tostadas por el sol de la guerra.

Por un instante le contempló en silencio. Los ojos negros sonreían al mismo tiempo que sus blancos dientes. Los redondos y finos brazos de la muchacha se enrollaron alrededor del cuello de Fernando y ella se estrechó contra su cuerpo.

—¡Lucero!

Se apartó rápidamente la joven, aunque el corsario no deshizo su abrazo. Era la voz del posadero.

—¿Qué queréis, señor amo?

—¿Con quién, hablas?

—Con nadie, señor amo.

Se oyó un gruñido.

—Está bien. Acuéstate.

Escucharon los dos jóvenes y oyeron sus pasos y luego la puerta de la habitación del posadero que se cerraba.

Mendoza quiso estrecharla nuevamente, pero ella se resistió.

—No, no. Podrían enterarse.

Suplicó el corsario en voz baja:

—Lucero, Lucero, ¿es que nos hemos de separar ahora?

Los ojos del castellano inducían de pasión. La moza se estremeció, como si la hubieran fustigado. Tampoco ella deseaba separarse del aventurero.

—Espérame junto a las barcas. Yo iré a buscarte —susurró.

Fernando quiso besarla, pero ella no se lo permitió. Asustada, le hizo salir por la puerta trasera, para que nadie le pudiera ver. Después de asegurarse de que la obscuridad era completa, Mendoza echó a correr, perdiéndose entre las sombras de la noche.

Lucero se apoyó en la pared, para recobrar la tranquilidad. Por más esfuerzos que hacía no lograba serenarse. La había estrechado entre sus brazos. Fernando la abrazó con fuerza y no era un sueño. En aquellos momentos la aguardaba junto al mar, porque deseaba abrazada de nuevo.

Apagó las luces de la sala y subió a su dormitorio. La ventana se encontraba a poca altura y no era difícil saltar.

El «Mesón Buenosvinos» se alzaba muy cerca del mar, entre el puerto y la fortaleza. Era el lugar preferido por soldados y corsarios para batirse, pues la playa se encontraba casi desierta. Tan sólo se hallaban algunas barcas de pescadores que habitaban en unos

bohíos cercanos.

Entre ellas, Fernando paseaba inquieto. A poca distancia, el mar rompía sobre la playa, convirtiéndose en blanca espuma.

En lo alto, las estrellas parpadeaban, poniendo una nota clara en el firmamento azul. La arena crujía bajo las altas y pesadas botas del corsario.

El segundón se sentía inquieto y exaltado a la vez. Era una mujer muy hermosa Lucero. Casi todos los aventureros de la isla se hubieran prendado de sus dulces pupilas oscuras y de sus labios rojos y sensuales. En breve, él podría enlazar su talle esbelto y acariciar sus morenas trenzas. Se despojó del chambergo para sentir la caricia de la fresca brisa y aspiró hondo. Ninguna, de las mujeres que figuraban en su vida le interesaron como aquella criolla de voz acariciadora. La tizona le incomodaba y se despojó del tahalí, depositando el arma junto al sombrero.

Se volvió hacia el mar y respiró con placer el aire salino, que le azotaba y le revolvía los cabellos.

—¡Fernando!

Se volvió con rapidez pudiendo oír sus pasos ligeros que hacían crujir la arena, y vio a una esbelta figura que corría por la playa. A pesar de la obscuridad, distinguió la esbelta cintura, que se agitaba al correr, y la oscura cabeza, que unos minutos antes se apoyó en su hombro.

Salió el aventurero al encuentro de la joven. Abrió los brazos, entre los que ella buscó refugio.

Por un instante permanecieron silenciosos. Luego, la muchacha alzó el semblante, fijando sus ojos en el rostro bronceado del corsario. Fernando murmuró:

—¡Mi Lucero!

—Me enamoré de ti en el momento de verte. He soñado con este instante y he llorado porque tú no te fijabas en mí. ¡No sabes lo sola que me siento cuando tú no estás a mi lado!

Fernando la condujo junto a las barcas y se tendieron sobre la arena húmeda. Muy juntos, con las manos enlazadas, escucharon el rumor de las olas al romperse sobre la playa.

Desde aquel momento nadie osó acercarse a Lucero. Conocían sus relaciones con el corsario y preferían no indisponerse con él. Pero la vida de la muchacha fué una sucesión de dolores y de luchas

sin fin. A pesar de todos sus esfuerzos no logró que Mendoza quedara ligado a ella. Continuó el segundón su vida desordenada, faltando en muchas ocasiones a la posada. Entonces Lucero lloraba, roída por la desesperación. Se decía a sí misma que iba a terminar aquellas relaciones y que a la primera oportunidad se lo diría a Fernando. Pero esa oportunidad jamás se presentó. Cuando el corsario la estrechaba entre sus brazos, besándola furiosamente, Lucero sentía que la vista se le nublaba y, transida de felicidad, correspondía tiernamente a sus caricias. El amor que sentía por el aventurero era más fuerte que su voluntad, y, poco a poco, a costa de muchos sufrimientos, se acomodó a esta situación, disimulando el dolor y los celos que le mordían el alma.

CAPÍTULO III

MENSAJE SECRETO

El espadachín tomó el guante que le habían arrojado. Sus ojos semicerrados miraron con infinito odio la alta figura detenida en los escalones.

—¿Habéis sido vos? —preguntó.

Mendoza descendió lentamente y sin apresurarse se llegó hasta él espadachín. En el silencio de la sala resonaron sus pasos como cañonazos. Los clientes se apartaron, dejando espacio libre para que los dos adversarios pudieran batirse. Lucero, por su parte, quedó clavada en el mismo sitio, incapaz de moverse.

—Sí —aseguró el corsario—, fui yo quien os lanzó ese guante para que aprendáis a tratar a las damas.

El espadachín hizo ademán de empuñar la tizona.

—Otros más fanfarrones que vos conocieron la fortaleza de mi espada —dijo.

Mendoza sonrió con desprecio.

—Lamentaría...

El otro le interrumpió de mal modo:

—¿Es que tenéis miedo?

Se irguió el segundón como si le hubiesen abofeteado.

—Moderad vuestra lengua, «Matamoros»^[2]. ¡Voto a sanes, que no es difícil hablar conmigo!

«Hablar», en el léxico de los aventureros era sinónimo de batirse.

La invitación era bien clara, de modo que ambos adversarios se apartaron con rapidez y desnudaron las tizonas.

Mientras se agredían el espadachín y el corsario, los

parroquianos se apresuraron a retirarse para no recibir algún golpe y dejaron solos a los dos luchadores. Entre Menergas y El Tuerto obligaron a Lucero a ocultarse tras unos toneles y los dos alabarderos, espada en mano, se dispusieron a protegerla.

El espadachín se lanzó sobre Mendoza, empleando todas sus artimañas de luchador desleal, pero el segundón había sido soldado de los Tercios. Además, en «El Antillano», Pérez de Lerma solía hacer prácticas de esgrima con sus soldados.

De modo que el espadachín se encontró con un acero que se movía ante sus ojos igual que una serpiente. Se tiró a fondo, pero su espada resbaló sobre la tizona de Mendoza, que a su vez tiró una estocada al pecho de su adversario. Rápidamente logró pararla éste y de nuevo se enfrentaron los dos enemigos. Fernando atacó, amenazando el hombro de su rival, pero éste desvió el golpe, cargando sobre él corsario. Colocado éste a la defensiva, se retiró, esgrimiendo su tizona de modo que cerrase el paso al arma del espadachín.

Los espectadores del duelo contenían el aliento o animaban a los luchadores según las incidencias de la pelea. La luz de los quinqués iluminaba las sudorosas figuras de los adversarios y arrancaba destellos a los aceros desnudos.

Fernando se retiraba, esgrimiendo su tizona con increíble celeridad. Sonreía con desprecio, aunque sus ojos se mantenían fijos en los de su rival. Sabía que en ellos leería anticipadamente los movimientos del espadachín. De improviso sintió contra su espalda el borde de una mesa. Su retirada había quedado cortada. Sin inmutarse continuó manejando la tizona, que formaba una guardia de acero contra su enemigo. Éste, al comprender que su adversario no podía replegarse, arreció en sus ataques. El acero del espadachín se movía con una agilidad increíble, amenazando el cuerpo del adversario.

Lucero, con los dientes apretados, presenciaba aterrada aquella lucha a muerte.

Tan sólo la maestría del segundón lograba cerrar la espada de su rival. Inmovilizado, Mendoza se defendía con desesperación. En los ojos del espadachín brillaba una luz de odio. En breve lograría atravesar de parte a parte a aquel bailarín. Se lanzó a fondo, haciendo un molinete con su arma. Este ataque resultaba casi

imposible de detener a menos de que el atacado se retirara. Fernando no podía hacerlo y en esto confiaba su agresor. Pero el corsario, de un ágil salto, subió a la mesa, eludiendo la espada de su rival. Desde allí paró algunos golpes y lanzó una finta a la cabeza del espadachín, obligándole a echarse atrás. Aprovechó este instante Mendoza para saltar al suelo. Se midieron nuevamente los adversarios y el espadachín reanudó el ataque, Chocaron los aceros. Fernando paró una estocada baja y entonces su rival le tiró otra al pecho pero el corsario hizo «una salida a la española».

Consistía esta artimaña en dejar caer el cuerpo hacia adelante, apoyándose en el suelo con la mano izquierda y extendiendo el brazo armado. La espada del rival pasaba inofensivamente por encima de la cabeza, y éste se ensartaba él mismo.

Cayó el espadachín con el vientre perforado y Mendoza se puso en pie, al tiempo que enfundaba la tizona.

La multitud de clientes comenzó a discutir y a comentar las peripecias del lance al tiempo que Lucero avanzaba, con los ojos encendidos de alegría, hacia el gallardo segundón.

Varias consideraciones pesaban en el ánimo de la joven para que se sintiera contenta. Ante todo, Fernando había salido con vida de aquel duelo, y segundo, la reyerta la provocó Mendoza porque otro hombre la molestaba. Había salido en su defensa y había matado por ella. Esto quería decir que ella le pertenecía y ningún pensamiento podía alegrar tanto a Lucero.

Pero el destino, en la forma de un jinete que a todo galope se dirigía hacia el palacio del Gobernador, vino a nublar la dicha de la joven.

El caballista cruzó la ciudad sin cesar en su galope. Las herraduras del corcel golpeaban el desigual empedrado de la población. Los transeúntes se detenían para dejar paso al jinete, preguntándose por qué demonios llevaba tanta prisa. El desconocido, que cabalgaba como alma que lleva el diablo, iba envuelto en una capa oscura y se cubría los cabellos con un amplio sombrero de cuero. Sus botas se veían cubiertas de polvo y el caballo presentaba las innegables pruebas de haber sostenido una dura carrera.

Se encaminó hacia el palacio del Gobernador sin aminorar la marcha. Los soldados que montaban la guardia en la puerta

cruzaron sus arcabuces y el Cabo preguntó:

—¡Alto! ¿Quién vive?

—España —replicó el jinete al tiempo que frenaba su montura de súbito, lo que obligó a encabritarse al animal.

—¿Qué gente?

—Servicio del Rey.

Dominado el caballo, el desconocido se acercó a la guardia, añadiendo:

—Necesito hablar con el Gobernador.

El cabo iba a contestar que él necesitaba muchas cosas, pero calculando que un hombre que hablaba en aquel tono de mando tenía muchas probabilidades de llegar al Gobernador.

Por tanto, ordenó a uno de sus soldados que le acompañase hacia el interior y olvidó el asunto por completo, manteniéndose atento por si alguien le llamaba.

El desconocido siguió al soldado hasta la antecámara del Gobernador y habló con un lacayo.

—Es imposible lo que pedís —dijo éste al visitante—. Su excelencia no está visible, buen hombre.

El desconocido envolvió al lacayo en una fría mirada y agregó:

—Mostradle esto al señor Gobernador.

El lacayo tomó la sortija que le entregaban y la examinó. Se veía grabada en ella un austero escudo de armas.

Era muy posible, se dijo, que fuera aquélla una contraseña y, suplicando al visitante que aguardase, entró en el despacho del Gobernador.

Al poco rato salió.

—Tened la bondad de pasar.

Hízolo así el desconocido y el criado cerró la puerta a su espalda.

Una vez dentro de la habitación, el visitante buscó al Gobernador con la mirada. Éste se encontraba sentado tras una mesa, en la que ardía un velón.

El desconocido se quitó el sombrero y desembozó su capa.

—¿Vos aquí?

—Sí, excelencia. Me fué imposible encontrar un mensajero con la celeridad que requería el mensaje y decidí venir yo mismo.

El Gobernador asintió.

—Sentaos —invitó luego—. Os serviré una copa de vino.

Tocó una campanilla y transmitió la orden al lacayo, que regresó a los pocos segundos con una bandeja, en la que transportaba una botella de vino y dos copas. Cuando se retiró el criado, preguntó el Gobernador al tiempo que llenaba las copas.

—¿Es muy urgente lo —que debéis decirme?

—En efecto, excelencia.

—Pues hablad: os escucho.

El desconocido informó al Gobernador de las razones que le impulsaron a marchar de Port-au-Prince. Su interlocutor le escuchaba en silencio. Cuando el visitante hubo concluido, el Gobernador agitó una campanilla. De nuevo entró el lacayo.

—Qué avisen al almirante Montemayor que le ruego que venga a mi casa y que busquen al capitán Villegas.

Saludó el lacayo y se retiró.

Al cabo de una hora una carroza se detuvo ante el palacio del Gobernador en el mismo momento en que un hombre envuelto en una capa azul daba su nombre al cabo de guardia.

—¡Capitán Villegas!

Diego, pues él era el hombre de la capa azul, se volvió hacia la carroza. Don Juan Francisco de Montemayor descendió del carruaje. El corsario hizo a su superior un respetuoso saludo.

—¿También os han rogado a vos que vinierais aquí?

—No, a mí me lo han ordenado.

—¿Sabéis lo que ocurre?

—Lo ignoro, señor almirante. Me encontraba en un mesón con unos amigos cuando se me acercó un lacayo a avisarme que el Gobernador deseaba verme.

Montemayor se encogió de hombros.

—Bien. No tardaremos en saberlo.

Entregaron las capas, los chambergos y las espadas a un criado y se dirigieron hacia el despacho del Gobernador.

Éste les recibió en la puerta.

—Buenas noches —dijo—. Les ruego que me perdonen por haberles molestado a estas horas. Pero no tardarán en comprender que la razón es muy urgente.

Les acompañó hasta la mesa donde el desconocido se mantenía en pie.

—El almirante Montemayor y el capitán Villegas. Don Gabriel de Taboada.

Se inclinaron todos.

—Ahora —continuó el Gobernador—, os ruego, Taboada, que repitáis lo que a mí me habéis referido.

Don Gabriel carraspeó ligeramente.

—Quizá fuera necesario explicar antes a estos caballeros ciertas cosas.

—Desde luego —asintió el Gobernador—. El señor de Taboada marchó a la Tortuga por orden mía para mantenernos informados sobre las intenciones de los bucaneros. De allí acaba de llegar ahora.

—Presumo que algún motivo le ha impulsado a ello —opinó el corsario mirando con simpatía a Gabriel.

Éste asintió.

—Debido a que sirvo en calidad de criado en la posada «Le Brave Boucaniere», pude enterarme de los planes de Francois L'onais, que el diablo confunda.

Villegas, al oír el nombre de quien había jurado matarle, prestó una interesada atención.

—Se habían reunido varios, capitanes de «La Hermandad de la Costa» —continuó Taboada— para escuchar la propuesta del Olonés. Por fortuna, tan sólo dos jefes, Edward Davis y Jeremy Leach, han aceptado unirse a él.

—¿Y cuál es la empresa que comienzan? —quiso saber Montemayor.

—Dirigir una expedición a Tierra Firme. Decía Francois que por mar, el capitán Villegas les impedía la caza del botín.

Diego sonrió muy ufano.

—Por tanto, decidieron probar fortuna por tierra.

—¿No sabéis hacia dónde se dirigen? —preguntó Montemayor.

—Por lo que pude colegir, eligieron el Yucatán. Decían los bucaneros que resultaría mucho más sencillo, pues las costas se hallan mucho más desguarnecidas y que allí obtendrían muchos beneficios sin gran esfuerzo. Los objetivos de L'Olonais

eran Maracaibo y Panamá, pero debió plegarse a la voluntad de sus

asociados.

—No comprendo por qué razón eligieron el Yucatán —dijo Montemayor—. Se encuentra en estado semisalvaje.

—Quizá —opinó Villegas— se deba a que allí no hallarán defensas costeras y que es muy difícil pedir socorro a las guarniciones del interior. Por otra parte, existen allí ciudades muy ricas, como Mérida y Campeche, que darían un magnífico botín a los que las saqueasen.

—Es cierto —dijo Taboada.

—¿Con qué fuerza cuenta

L'Olonais?

—preguntó el corsario.

—Con cuatro barcos y, un total de seiscientos hombres.

Diego se atusó el bigote.

—Lleva doble número de gente que yo y sin embargo —afirmó — me atrevería a enfrentarme con él en tierra. Por mar sus cuatro naves contra mi galeón le dan demasiada ventaja.

—No podéis pensar en eso —le atajó Montemayor—. Sin embargo, debemos impedir que

L'Olonais

lleve a cabo su fechoría. La única medida factible —continuó, después de una pausa—, es que vos, capitán, os dirijáis al Yucatán. Nada lograríamos armando una flota, que cuando estuviera dispuesta llegaría a punto de visitar las ruinas de las ciudades asaltadas por los rebeldes.

—Permitidme, señor almirante dijo Villegas. —¿Cuándo se hizo el Olonés a la mar?

—Ayer por la mañana —replicó Taboada.

—Bien. Es imprescindible que partamos al instante. Mi galeón está siempre dispuesto. Si me dais licencia, haré que convoquen a mis corsarios.

—¿Es necesario que os ausentéis? Debo aún daros algunas instrucciones.

Por toda respuesta el capitán escribió unas palabras en un papel y agitó la campanilla. Un lacayo entró en la habitación.

—Entregad esto al cabo de guardia de «El Antillano». Decidle que es urgente.

Saludó el lacayo y se retiró. Diego se volvió al almirante.

—Estoy a vuestra completa disposición.

Montemayor se acarició el bigote.

—Os daré una carta para mi amigo Pérez de Guzmán, el Gobernador de Panamá. Os ayudará por todos sus medios. Es más conveniente que os dirijáis a él, puesto que el Virrey de Nueva España tardaría mucho en resolver nuestro pleito. A Pérez de Guzmán le encontraréis en la ciudad de Trujillo, pues no puede vivir alejado del mar^[3].

El almirante escribió una larga carta, que entregó a Villegas.

—Os deseo mucha suerte, señor capitán.

* * *

Martín Ohando y Pérez de Lerma corrían a toda prisa hacia el puerto, seguidos por Fajeda y por Matholi.

Sus botas resonaban sobre el empedrado. Los transeúntes les contemplaban y, al reconocerles, murmuraban extrañados:

—Son los oficiales de don Diego. ¿Qué debe ocurrir?

Los corsarios que se encontraban mezclados entre el público se apresuraban a seguirles, sabiendo que sus jefes no corrían por capricho. De cuando en cuando, al divisar un mesón, el condestable Matholi se asomaba a la puerta y gritaba:

—¡Aquí los de «El Antillano»! Al instante los corsarios que se encontraban en el local salían apresuradamente y se dirigían hacia el galeón.

Una vez a bordo, Azogue saludó al piloto.

—¿Qué ocurre? —preguntó éste—. ¿Por qué nos avisasteis con tanta urgencia?

El contraмаestre le entregó una nota que decía:

«Avisad a don Martín. Es necesario que la nave esté dispuesta para zarpar dentro de dos horas. Villegas».

Ohando le pasó la nota al alférez y éste asintió.

—Ya comienza otra zambra —aseguró Juan.

Enseguida tomaron las medidas necesarias para que fueran cumplir las órdenes del capitán.

El pífano y el tambor bajaron al puerto y comenzaron a tocar zafarrancho de combate. Las notas del toque marinero se extendieron por las calles adyacentes. Al mismo tiempo, varias patrullas comenzaron a recorrer el barrio de los muelles, buscando a los corsarios. Era muy sencillo reconocer a la patrulla, pues aunque formaba al estilo militar, no lucían uniforme ninguna clase. Se detenían en las posadas y en los mesones, llamando a los corsarios. Aquéllos con los que se cruzaban en las calles, sé apresuraban a unirse a la patrulla para regresar al buque. Algunos se dirigían directamente hacia allí. Nadie ignoraba que cuando les llamaba Villegas era porque existía una razón muy importante, pues de otro modo jamás les molestaba. Según fueron llegando al galeón, Leyden, Matholi y Azogue los distribuían a sus puestos, Ohando revisaba el pañol de víveres para comprobar si poseían suficientes reservas para llegar a Tierra Firme, mientras Pérez de Lerma inspeccionaba la Santa Bárbara.

Con toda rapidez, «El Antillano» se disponía a zarpar.

CAPÍTULO IV

HACÍA EL MAR

Mendoza vació su vaso de vino sin apartar su mirada de los ojos negros de Lucero, que se iluminaban de dicha.

El alcohol, la muerte de su rival y los rojos labios de la muchacha se le habían subido a la cabeza al corsario, y se sentía capaz de liarse a estocadas con el mundo entero.

Le agradaba estar en compañía de la joven. Por desgracia en aquel condenado mesón había demasiada gente. Y no la podía besar como hubiera sido su gusto. Sin embargo, cuando la posada se vaciase de gente y como de costumbre se encontraran junto al mar, se resarciría con creces.

Lucero, por su parte, no se apartaba ni por un momento del aventurero. Resultaba mucho más cariñoso y atento que otras veces y confiaba en que cuando se encontrasen solos le dijera él lo que tanto deseaba oír y que jamás había dicho Fernando.

Necesitaba escuchar cómo sus labios le afirmaban que la quería y que la necesitaba. Mendoza jamás tuvo que pedir nada a Lucero, pues la muchacha se había apresurado a entregarle todo y, por compensación, esperaba que él le dijese que no le abandonase, que le era necesaria su compañía.

Sonrientes, mirándose a los ojos, con la felicidad y el amor reflejados en sus semblantes, los dos jóvenes parecían ajenos a cuantos les rodeaba.

De improviso, se oyó una voz chillona y penetrante:

—¡Aquí los de «El Antillano»!

De un brinco, se pusieron en pie todos los corsarios. En la puerta

se veía a un piquero de canos bigotes.

—Rápido, caballeros —gritó. El capitán ordena que regreséis a la nao.

Un murmullo de comentarios se alzó en la posada. Cuando don Diego llamaba a sus hombres es que algo grave ocurría. Quizá los bucaneros amenazaban Santo Domingo o era posible que se preparase una expedición por sorpresa contra Haití.

Por su parte, los corsarios que llenaban el mesón salieron lanzando gritos de entusiasmo. Conocían lo bastante a su capitán para saber que cuando les llamaba era porque en perspectiva tenía alguna misión divertida y provechosa.

Arrastrando sus machetes y sus tizonas, riendo y gastando alegres bromas, salieron los aventureros a la calle.

Lucero, al oír al cabo, ahogó un grito y apoyó una mano en el brazo de Mendoza. Éste se puso en pie a su vez y, desprendiéndose de la joven, se unió a sus compañeros.

Con los ojos velados por las lágrimas, la muchacha vio cómo salía de la posada la alta figura del segundón.

Iba a embarcar para una expedición de guerra, se dijo. Fernando, su Fernando, el hombre por quien estaba dispuesta a sacrificar la vida, iba a emprender un crucero, lleno de peligros y de riesgos.

Se enfrentaría con adversarios poderosos y crueles, en batallas donde los cuerpos serían desgarrados y donde correría la sangre, la de Fernando quizá.

Era muy posible que «El Antillano» se hundiera en el Caribe con toda su tripulación, entre la que figuraba su novio. Podía también ser que quedara ciego o inválido a causa de una herida.

Incapaz de contenerse, lanzó un grito y salió a la calle en persecución de los corsarios.

—¡Fernando! ¡Fernando!

Mendoza se detuvo, volviéndose para ver quién le llamaba. Los corsarios se alejaron hacia el puerto. A todo correr, Lucero se unió al segundón de Castilla. Ahogada por los sollozos, la muchacha le echó los brazos al cuello. Fernando la enlazó por la cintura y le acarició los cabellos, hablándole como a un niño:

—¡Vamos, vamos! No llores, Lucero. Mira que es mi profesión la guerra.

Pero Lucero no le escuchaba, ocultando en el hombro del

aventurero su semblante húmedo por las lágrimas.

—¡No me dejes, Fernando! ¡No puedo vivir sin ti!

—Debes conformarte —le dijo Mendoza—. Soy un soldado y jamás paro mucho en el mismo lugar.

Lucero alzó la cabeza.

—Entonces llévame contigo. Te seguiré a todas partes.

Sonrió Fernando, sin deshacer el abrazo con el que estrechaba a la muchacha.

—No puedo, cariño.

—¿Por qué? Otras mujeres siguen a sus soldados.

Mendoza guardó silencio un instante.

—Otras mujeres, sí —dijo al fin—. Pero tú nunca serás la mujer de un soldado. Eres demasiado buena y demasiado sensible. No te acostumbrarías jamás a escuchar los cañonazos ni a curar a los heridos. Debes casarte con algún buen burgués que te pueda hacer más feliz que yo.

La joven le escuchaba aterrada. ¿Es que jamás la quiso? Debía saberlo al instante. No podría vivir con esta duda. Miró a los ojos del corsario, aquellas pupilas de fuego, pero en las que no brillaba amor. Se aferró con desesperación a su camisa.

—¡Fernando, Fernando! Di que me quieres.

Mendoza no respondió y nuevamente el silencio de la calle fué roto por la súplica desesperada de Lucero, pero no obtuvo respuesta.

Entonces la muchacha se apartó del segundón. Le miró con las pupilas muy abiertas, como si contemplase un espectro. Fernando quiso acercarse a ella, pero la joven le repelió con un significativo ademán.

—¡No te acerques, no me toques! —dijo. Después de una pausa, añadió con infinito dolor—: Nunca, nunca me has querido.

Fernando examinó a la joven en silencio y luego se volvió, disponiéndose a dirigirse al galeón.

Su figura enjuta quedó iluminada bajo la luz de un fanal de aceite. Al ver que se alejaba, toda la furia de Lucero se derrumbó; Echó a correr hacia él y le sujetó por un brazo para obligarle a detenerse. El corsario se volvió.

Alzado hacia el suyo, pudo ver el moreno y dulce semblante de la muchacha, que delataba la desesperación que la consumía.

—Será como tú quieras. No te pediré nada, no me quejaré nunca, pero no me dejes, Fernando. No me dejes.

Mendoza la contempló un instante y después la enlazó por la cintura, besándole la mejilla húmeda por las lágrimas.

—Olvídame, nena —balbuceó. Luego, soltando a Lucero, echó a correr, perdiéndose por las estrechas callejuelas llenas de sombras. La muchacha quedó inmóvil, escuchando el rumor de sus pisadas que se perdía en la distancia. Se sentía aturdida. De pronto reaccionó. Era él quien se alejaba, quizá para siempre.

—¡¡Fernando!!

Se levantó las faldas y echó a correr en su busca. Las callejuelas, mal alumbradas por los faroles de aceite que formaban extrañas sombras, se veían desiertas. El eco repetía su voz, cuando llamaba al aventurero, y las risas que salían de los mesones semejaban burlas a su dolor.

Recorrió las calles sin encontrar a Mendoza, pero la joven no cejó y al fin llegó al muelle junto al que estaba anclado «El Antillano». Pensó llamarle, pero entonces se dijo que él la apartaría de nuevo y ella quería acompañarle durante la expedición. Le parecía que si se encontraba a su lado nada le iba a ocurrir, pues ella era muy capaz de cubrirle con su cuerpo para que no le hirieran las balas.

Debía marchar en «El Antillano». Una vez en alta mar no podrían desembarcarla y entonces estaría siempre al lado de Fernando. Pero ¿cómo lograría introducirse en el galeón? Los centinelas se lo impedirían y nada podría hacer.

De pronto oyó unas voces y un rumor de pasos que se acercaban. Se ocultó en la sombra para que no la descubrieran.

Menegas y El Tuerto se acercaban por el muelle, empujando un carretón cargado de toneles que cubrían con una lona. Silbaban alegremente y a ratos hablaban de las futuras batallas en las que iban a tomar parte.

Lucero tuvo una inspiración. Aquellos dos corsarios siempre habían sido buenos amigos suyos y estaba convencida de que la ayudarían.

Del galeón descendió otra figura, que se acercó al carretón. Se trataba del Extremeño, quien se unió a sus amigos.

—¿Cuando zarpamos? —preguntó Menegas.

—Enseguida —aseguró el otro—. La última carga que falta es la que traéis vosotros. Os habéis retrasado.

—¿Dijo algo el contramaestre?

—No. Me encargó que colocase yo mismo esos toneles. ¿Es vino?

—No. Pólvora.

Lucero se mordió los labios. En efecto, no se podía presentar mejor ocasión. Nadie se encontraba en el almacén para fiscalizar su presencia.

La muchacha, obedeciendo a un impulso, salió de las sombras, acercándose a los corsarios.

—¡Escuchadme!

Los aventureros detuvieron el carretón, volviéndose al instante. Menergas sonrió complacida.

—¡Hola, preciosidad!

—Necesito que me ayudéis —pidió Lucero.



—Necesito que me ayudéis.

El Extremeño torció el gesto.

—Es casi imposible. Vamos a salir al instante —explicó—. Pero dínos quién es y procuraremos despacharle en un segundó.

—¿Despachar?

—Bueno, matar. ¿Quién te ha ofendido?

Lucero movió la cabeza.

—No se trata de eso —dijo—. Quiero que me ayudéis a embarcarme de polizón en «El Antillano».

Un rayo que rasgara la tierra no hubiera causado mayor sensación. Mudos de asombro, se miraron los tres corsarios. Ninguno se atrevió a hablar.

—¿Me ayudaréis, verdad? —pregunto Lucero.

Los tres alabarderos se miraron otra vez y al fin Menergas logró decir:

—Verás, Lucero, si té embarcamos de polizón, se enterará el capitán y entonces...

Sus compañeros asintieron en silencio.

—¿Preferís abandonarme? —exclamó la joven desesperada.

—No es eso, pero... —quiso decir El Tuerto.

—Si me dejáis aquí me moriré —aseguró Lucero—. No puedo separarme de Fernando. Quiero estar a su lado cuando se entable batalla. Me sería insoportable quedarme aquí, pensando que a él le pueden matar.

La joven abatió la cabeza y sus hombros se estremecieron a efectos de los sollozos.

Se miraron nuevamente los corsarios. En el silencio de la noche, no se oían más que los gemidos de la muchacha.

El único ojo del Tuerto se empañó y Menergas se frotó la nariz. El Extremeño desvió la mirada.

—Comprende, Lucero, que... —comenzó a decir este último.

—Sí —le interrumpió la joven—, no queréis arriesgaros para ayudarme.

—No es eso.

—Le tenéis miedo al capitán.

—¡Miedo! ¡Miedo! —se burló El Tuerto—. Miedo no. Es que el capitán no bromea cuando se contraviene una orden.

—Además, tendrías que viajar en la bodega —le dijo Menergas— y hay cucarachas.

—Me es igual. Todo me es igual. Lo único que quiero es estar al lado de Fernando.

Un suspiro desgarrador sobresaltó al Tuerto y al Extremeño. Era Menergas, que se contenía las lágrimas a duras penas.

—Está bien. Será lo que tú digas —aseguró—. Yo la embarcaré en el galeón.

Vencidos, El Tuerto y El Extremeño se encogieron de hombros.

Los ojos de Lucero se iluminaron de alegría.

—¿De verdad?

—Sí. Nos arriesgaremos a todo —dijo El Extremeño.

La joven sonrió con dulzura.

—No hay mejores hombres en todo el mundo.

—Bueno, no perdamos tiempo —apremió Menergas.

Envolvieron a la joven en una lona y la condujeron hasta la bodega del buque. El Tuerto la transportó a hombros a través de la cubierta. Se cruzaron con algunos corsarios, pero ninguno se extrañó de aquello.

La bodega estaba a oscuras por completo, a excepción de una rendija de luz que se filtraba desde la cubierta. Los alabarderos le proporcionaron unas mantas.

—Mañana te traeremos comida —aseguró El Tuerto.

—¿Le diréis a Fernando que estoy yo aquí? —Peguntó la joven.

—Mira —dijo El Extremeño rascándose la pelambreira—. Será mejor que nada le digamos a Mendoza. Es muy capaz de ponernos en la barra.

«El Antillano» zarpó del puerto de Santo Domingo. Sobre la cubierta, los marineros ejecutaban la maniobra. Desde el puente, Villegas daba enérgicamente las órdenes, que Ohando y Azogue transmitían con rapidez.

Acodado en la borda, Fernando contemplaba cómo las luces de la ciudad se perdían a lo lejos.

Con las velas desplegadas, flameando el pabellón de España, «El Antillano» se internó en el mar Caribe.

CAPÍTULO V

UN VIEJO LEÓN

Llegaron los corsarios, después de una travesía a toda vela, a la ciudad de Trujillo. Era ésta una señorial población de blancos edificios que se alzaba sobre el mar.

La llegada de «El Antillano» fué recibida, como en todas partes, con grandes muestras de alegría. Los marinos se habían encargado de cantar de puerto en puerto las glorias de los aventureros del mar.

El oficial que subió a bordo para saludar a Villegas era un veterano capitán que durante muchos años había recorrido América, batiéndose contra los indios, los piratas, los ingleses y los franceses.

Saludó marcialmente a Diego y se presentó:

—Don Jaime Ruiz de la Aldea.

—Capitán Villegas.

—Celebro conoceros, señor capitán —dijo el veterano—. Mucho había oído hablar de vos, pero hasta ahora no había tenido la dicha de poderos saludar. ¿Os trae aquí alguna misión especial?

—En efecto. Debo entregar al gobernador Pérez de Guzmán una carta del almirante Montemayor. Se prepara un ataque de bucaneros sobre Yucatán.

Ruiz de la Aldea se atusó el bigote.

—Nada sabemos aún. Me parece una afirmación un poco aventurada.

Villegas hizo un gesto vago.

—Quizá. Pero agradecería que me acompañaseis a presencia del Gobernador.

Los dos soldados descendieron del buque, encaminándose al palacio que, junto al mar, poseía la primera autoridad de aquella región. Don Juan Pérez de Guzmán marchó muy joven a América. Con anterioridad, había prestado servicios en el ejército español de Europa y navegó por las Filipinas persiguiendo a los piratas «moros»^[4] de Mindanao.

En América luchó contra los indios, ayudando a los emigrantes que pretendían formar nuevos poblados. Dirigió numerosas expediciones de exploración y luchó contra los piratas que infestaban el Caribe.

Sus superiores se fijaron en su energía y en su capacidad para mandar. Nadie le podía negar valor ni práctica en campaña. Le dieron un alto cargo en las tropas que guarnecían Panamá y entonces Pérez de Guzmán pudo llevar a cabo la acción que le valió el mando supremo de la provincia.

Antes de que franceses e ingleses clavasen la zarpa en la Tortuga, Haití, Jamaica, Guadalupe y algunas otras islas del imperio español, Inglaterra quiso establecer una colonia en el Caribe donde sus naves que se dirigían a la costa de Yucatán a robar palo campeche o a las islas para adquirir cueros, pudieran hacer escala. Asimismo requería una base naval donde la flota de guerra pudiera refugiarse, pues en aquella época las hostilidades entre España e Inglaterra eran casi continuas.

Como suponía el gobierno inglés que los españoles no permitirían el establecimiento de una colonia donde pudiera amenazar sus intereses y no queriendo sacrificar soldados británicos, recurrieron a un jefe hugonote^[5], llamado Sieur Simón, quien, con un ejército de correligionarios suyos desembarcó en la isla de Santa Catalina, asaltando al fuerte y pasando a cuchillo a la guarnición española.

Construyeron una nueva fortaleza y se dispusieron a comenzar allí una nueva colonia.

La flota española del Caribe era en aquella época muy reducida, ya que aún no habían surgido los feroces y temibles filibusteros, de modo que era casi imposible rescatar Santa Catalina con las naves que perseguían a los piratas, y por otra parte eran necesarias para proteger el tráfico marítimo.

Alguien recordó a Pérez de Guzmán y así se lo propuso el

almirante de las Antillas. Éste visitó al duro soldado y le encomendó la misión de rescatar para España aquella isla, desde donde los ingleses podían saltar a Cuba.

Don Juan estudió con atención el plano de la isla y luego pidió al almirante la ayuda de algunos oficiales y marinos que conocieran, Santa Catalina a fondo.

Uno de éstos fué el entonces sargento Jaime Ruiz de la Aldea.

Partió desde Panamá la flota que Pérez de Guzmán había armado. Navegaron sin contratiempo alguno hasta arribar a las costas de Santa Catalina. Enviaron a tierra a dos parlamentarios con bandera blanca. Desde los buques, cuyos cañones cubrían la fortaleza, vieron cómo el bote que conducía a los parlamentarios llegaba a la playa y cómo éstos avanzaban al amparo del níveo pabellón. Varios centinelas, armados de mosquetes, les acompañaron hasta la fortaleza, donde Sieur Simón, con la coraza y armado con la espada, en son de guerra, les recibió. Expusieron la situación los emisarios, añadiendo que don Juan Pérez de Guzmán estaba dispuesto a aceptar la rendición y que se comprometía a devolverlos a Inglaterra.

Sieur Simón, sonrió tristemente. Sabía que su regreso a Londres vencido y derrotado significaba su hundimiento total. Prefería la muerte a la triste vida que arrastró en Inglaterra antes de partir para Santa Catalina y luchando tenía siempre una probabilidad de vencer.

—Decidle a vuestro jefe que no debe hablar de rendición antes de la batalla.

Los emisarios saludaron, regresando a los buques.

Pérez de Guzmán se atusó el negro bigote y dijo:

—¡Pardiez, bravo es ese hombre!

Se volvió con rapidez e hizo una señal al condestable. Las mechas que empuñaban los artilleros fueron aplicadas a las piezas y los estampidos retumbaron sobre la isla, ahuyentando a las aves que anidaban entre las rocas.

Los otros tres buques que componían la flota de Pérez de Guzmán abrieron fuego a su vez sobre la fortaleza de los hugonotes. Las baterías de Sieur Simón respondían sin descanso, enviando cañonazo tras cañonazo sobre los navíos españoles. En el fuerte, volaban destrozados los baluartes y las troneras bajo el fuego de

Pérez de Guzmán. Las andanadas agitaban los buques, pero enviaban a la fortaleza una lluvia de balas.

Diseminados por la playa y la llanura que la seguía, podía verse a los defensores de la isla que se disponían a repeler el desembarco de los españoles.

Mientras la artillería impedía a la fortaleza que prestara atención a los infantes, las lanchas, repletas de soldados, se dirigían a la playa. En las primeras habían embarcado los arcabuceros, que disparaban sobre los hugonotes que desde tierra hacían fuego con sus mosquetes. En cuanto tocaron tierra, saltaron los soldados de las embarcaciones y formaron las compañías a las órdenes de los oficiales.

Pérez de Guzmán se colocó a la cabeza. La arena crujía bajo las botas de los soldados. El sol de los trópicos, arrancaba destellos de las corazas, los cascos y las puntas de las picas. Las plumas de los chambergos, los coletos y los fusiles de los arcabuceros resplandecían sobre el mar.

En la llanura, cubierta de helechos y de arbustos, se destacaban las armas y las abigarradas vestiduras de los franceses.

Su jefe, un hercúleo bretón, blandió en alto su espada y gritó.

—*¡En avant, mes braves!*

En alud, enarbolando machetes, picas y fusiles, cargaron los hugonotes sobre los españoles.

Éstos aguardaban a pie firme sobre la playa. Los piqueros, con las armas enfiladas hacia el enemigo, formando una muralla de acero. Los arcabuceros, dispuestos a romper el fuego en cuanto les diesen la orden sus oficiales.

Con un aullido prolongado, avanzaron los franceses. Sus pies se hundieron en la arena, entorpeciendo su marcha.

Entonces se oyó la voz de los oficiales:

—¡Fuego!

Restalló la seca descarga de los arcabuceros. Se vio a varios hugonotes que caían, llevándose las manos a las heridas. Sus compañeros continuaron el ataque.

De nuevo vibró la orden:

—¡Fuego!

La segunda línea de arcabuceros, que no disparó, había ocupado el primer puesto y envió una nueva descarga sobre los franceses.

Las balas abrieron nuevas brechas en las filas de los hugonotes.

En aquel momento, Pérez de Guzmán desnudó su tizona. Hizo una seña a los piqueros y gritó:

—¡Santiago y cierra España!

Comenzaron a batir los atambores, dando el paso de carga. Los pífanos mezclaron sus notas con el aire claro de la mañana. La muralla de acero se puso en movimiento. Avanzaron al encuentro de los franceses sin prisas al principio, como en un desfile. Lentamente, su marcha se hizo más rápida, la arena crujía bajo las botas que se hundían en ella y las dos columnas chocaron con fiero ímpetu. Por un instante quedaron inmóviles ambos adversarios, luego comenzó el combate. Las espadas y las picas se agitaron con ciego furor. La sangre humedeció la arena y los cadáveres fueron pisados por los combatientes. Al fin, los franceses se replegaron, perseguidos por el fuego de los arcabuceros.

De nuevo Pérez de Guzmán blandió la espada.

No fué necesaria ninguna orden. Al ritmo de los atambores y de los pífanos, los piqueros iniciaron la carrera hacia la fortaleza, donde se refugiaban los hugonotes. Los estampidos de la artillería seguían atronando el espacio sin cesar. Los grupos de defensores fueron arrollados por la furia de los españoles. Por fin llegaron muy cerca de la fortaleza. Los arcabuceros se les habían unido y todos juntos iniciaron la carga.

Desde el fuerte varios cañones descargaban metralla sobre los asaltantes, pero éstos continuaron su carrera, entrando a saco en el baluarte enemigo. La lucha se generalizó en el interior de la fortaleza. La artillería había dejado de bombardear para no matar a sus propios hombres. La sangre corrían por las piedras de la fortaleza y los cadáveres yacían con las manos agarrotadas sobre las armas.

Al anoecer, la bandera de España ondeaba sobre las ruinas del fuerte y los cadáveres de los defensores eran enterrados con los honores de guerra.

De regreso a Panamá, don Juan Pérez de Guzmán fué nombrado Gobernador. Su mando fué enérgico y eficaz. Dominó a las tribus indias que saqueaban los poblados, limpió la selva de proscritos y ahuyentó a los piratas.

Pero mientras el Gobernador llevaba a cabo esta labor de años,

franceses e ingleses se apoderaron de varias colonias. Comenzó entonces la cruel y sanguinaria epopeya de los bucaneros. Pérez de Guzmán tenía la salud quebrantada por la vida aventurera y por las continuas violencias de la selva. La gota y la fiebre le habían debilitado de tal manera que le impedían moverse de su hogar, donde permanecía con la vista fija era el océano, soñando con las hazañas que doraron su juventud.

CAPÍTULO VI

UNA MUJER A BORDO

Villegas y Ruiz de la Aldea entraron en la habitación donde el Gobernador se pasaba los días sentado en una butaca. Era don Juan un anciano enjuto, de penetrante mirada, piel curtida y barba blanca.

Vestía completamente de negro, sin ninguna joya ni ningún adorno.

Al ver a los dos capitanes les interrogó con la mirada. Jaime dio un paso adelante.

—Excelencia, permítame presentaros al capitán don Diego de Villegas.

Pérez de Guzmán clavó sus ojos oscuros en el joven que le saludaba con respeto.

—¿Sois vos quien manda «El Antillano»?

—Así es, excelencia.

Durante un segundo las pupilas del viejo guerrero permanecieron fijas en el semblante bronceado, del corsario. Luego dio un gruñido de satisfacción.

—Creo todo lo que de vos se cuenta y aun juzgo que han quedado cortos. Sé conocer a un hombre de una mirada.

Villegas le agradeció los cumplidos, entregándole después la carta del almirante.

La leyó don Juan, sin que se alterase un, sólo músculo de su enérgico semblante. Luego alzó la vista hacia Diego.

—Páreceme muy extraño lo que aquí dice —exclamó—. Sin embargo, cuando lo asegura Montemayor debe ser cierto. Jamás

creí que esos bucaneros tuvieran tanta desvergüenza. ¡Vive Dios, que me agradaría darle una lección a L'Olonais!

—¿No creéis algo exagerada la noticia? —opinó Ruiz de la Aldea.

—Es posible —respondió Pérez de Guzmán—. Pero más vale prevenirse. Yo sé que un hombre audaz puede realizar milagros. De momento —añadió, dirigiéndose a Villegas—, no puedo prestaros más que dos galeones. ¿Creéis que os bastarán?

—Sí, excelencia, pues con el mío formarán una flotilla de tres naves contara las cuatro de los bucaneros.

—Ruiz de la Aldea será uno de vuestros subordinados. Daré las órdenes para que mañana al amanecer podáis haceros a la mar. Os deseo mucha suerte, capitán Villegas, y por mi fe que me agradaría acompañaros.

* * *

Menegas y El Tuerto descendieron a la bodega, mientras El Extremeño montaba la guardia, para que nadie pudiera molestarles.

Los dos corsarios transportaban unas bolsas que contenían frutas frescas compradas en el puerto.

—Lucero —murmuró El Tuerto—. Somos nosotros.

De las sombras se destacó una figura de mujer que salió al encuentro de los dos aventureros.

—Te traemos frutas frescas —informó Menegas.

Durante el día la obscuridad de la bodega no era tan completa, pues la luz que se filtraba por las rendijas dejaba a la cámara en la penumbra.

Lucero se sentó entre los dos corsarios y tomó las bolsas: En el interior había piñas dátiles y plátanos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó El Tuerto. La joven sonrió débilmente.

—Bien —dijo—. Ya me he acostumbrado a las cucarachas. ¿Cómo está Fernando?

Menegas hizo un ademán de despreocupación.

—¡Ah, Mendoza es un gran soldado! No te preocupes por él. ¿No te ahogas aquí dentro?

Lucero negó con la cabeza, pero sin ningún entusiasmo.

—Te reservamos una sorpresa. Mañana al amanecer zarpamos. Por la noche tenemos guardia de cubierta y como a aquella hora nadie nos verá, podrás salir a pasear para que te de el aire.

La muchacha les miró agradecida.

—Sois muy bondadosos.

* * *

El negro capuchón que envolvía la tierra y el mar se tiñó de una gris claridad. Las personas y los objetos adquirieron una tonalidad fantasmal.

En el puerto de Trujillo tres galeones se mecían sobre las olas. Uno de ellos era «El Antillano». Los otros dos los navíos que Pérez de Guzmán le entregaba para batir a los bucaneros. Los corsarios, acodados en la borda, contemplaban a los marineros de los otros buques, que en la cubierta realizaban distintos trabajos.

Villegas, acompañado por Ruiz de la Aldea y de Gómez Cueva, el otro capitán, pasaba, revista a las dos compañías de soldados que debían embarcar en los galeones. Pertenecían a la guarnición de Trujillo y fueron destinados por Pérez de Guzmán para aquella expedición.

Los arcabuceros, luciendo coletos de ante, amplios chambergos, la tizona al cinto y medias, claras, formaban con el fusil al hombro. Los alféreces que los mandaban eran jóvenes y esbeltos. Permanecían muy rígidos, con las manos en las empuñaduras de sus aceros y mantenían bien alta la enseña de la compañía. Los sargentos eran veteranos elegidos por su capacidad y valor. Se mantenían erguidos, pero con cierto descuido, luciendo la alabarda, distintivo de su grado.

Los piqueros ostentaban sus yelmos, sus coletos y sus altas botas, sujetando la pica con una mano y la tizona con la otra. Ellos eran la parte escogida de las compañías. Los que avanzaban a paso de carga, abriendo brechas en las hileras enemigas.

Diego quedó satisfecho de su inspección. Eran soldados valientes y sufridos, dispuestos en cualquier momento a atacar o a formar el cuadro.

En correcta formación subieron las compañías a los galeones.

Villegas, desde el puente de mando, dio las órdenes precisas.

Ruiz de la Aldea y Gómez Cueva hicieron lo propio. Se oyeron los silbatos de los contramaestres, las rápidas pisadas de los marineros sobre cubierta y los tres galeones se hicieron a la mar.

Navegaron a toda vela en dirección a Yucatán.

Diego, en su camarote, discutía los planes de campaña con Ohando.

—

L'Olonais

—decía nos llevaba dos días de ventaja cuando zarpamos de Santo Domingo. Hemos perdido otro día en Trujillo y naturalmente nos hemos desviado de nuestra ruta. Me temo que Francois haya comenzado su ataque a Yucatán.

Martín asintió.

—Es posible, pero recuerda que no tuviste otro remedio que dirigirte a Panamá. La flota del Caribe no podía prestarte buques. Además, si el ataque a Yucatán, que con toda seguridad será contra Campeche o contra Mérida, tiene éxito, no es probable que

L'Olonais

regrese inmediatamente a la Tortuga. Lo lógico es que sus mismos hombres le impulsen a continuar saqueando ciudades o a esperar a las naves que vienen de Nueva España cargadas de oro. Con la ayuda de Dios lograremos enfrentarnos con los filibusteros, y, en todo caso, recuerda que tú has hecho todo lo que en tu mano estaba.

Villegas se retorció el bigote.

—Poco consuelo es ése para un soldado, cuando no logra llevar a cabo la misión que le encomendaron —exclamó. Hizo una pausa y continuó—: Creo que

L'Olonais

se dirigirá antes a Campeche que a Mérida.

—¿Por qué lo crees?

—Yo en su caso lo haría. Mérida es una ciudad de importancia, con una fortaleza de espesos muros y una buena guarnición. Tomarla por asalto costaría muchos días y mientras tanto podrían sus defensores pedir auxilio a Campeche e incluso a los soldados del interior. No sería difícil levantar una fuerza que socorriera a Mérida. En cambio, Campeche se halla menos defendida. La

asaltarían con relativa facilidad y cuando acudieran los refuerzos les encontrarían atrincherados en la población. Luego podían atacar Mérida.

El piloto asintió de nuevo.

—Por tanto —siguió diciendo Villegas—, nos dirigiremos directamente a Campeche.

Las horas se deslizaron lentamente. Los rayos del sol, al hacerse más débiles, indicaban cómo iba muriendo el día.

En los galeones el trabajo se hacía con la misma serenidad que durante los días de calma en que protegían a los buques mercantes. Los centinelas montaban su guardia con precisión, pero entre los hombres que formaban las tripulaciones se advertía una inquieta alegría, ninguno ignoraba cuál era su cometido y todos se sentían ansiosos de entablar combate.

Limpiaban las armas, gastándose alegres bromas. Otros jugaban a los dados, mientras algunos veteranos relataban hazañas llevadas a cabo en distintas ocasiones.

Al llegar la noche los hombres se fueron retirando a sus literas. Tan sólo la guardia quedó sobre cubierta. Los grumetes, encargados de vigilar el reloj, avisaban a los que entraban de turno.

Al fin, cuando ya nadie quedaba en pie, entraron de puesto Menergas, El Tuerto y El Extremeño. Con gran sigilo comprobaron que todo el mundo se había acostado y entonces se dirigieron a la bodega. Ayudaron a Lucero a salir y la acompañaron junto a uno de los cañones.

Menergas informó:

—Quédate aquí y así nadie podrá verte. Nosotros te haremos compañía por turnos.

El Tuerto y El Extremeño se alejaron para ocupar sus puestos, dejando a la muchacha en compañía de su amigo.

Lucero aspiró con deleite la fresca brisa nocturna, cargada de las salinas fragancias del mar.

—Qué agradable es el aire —dijo sonriendo—. Había llegado a olvidarlo después de tantos días en la bodega.

El corsario sonrió a su vez como disculpándose.

—Ya te advertimos que el viaje resultaría muy incómodo.

—Es igual —le atajó ella con pasión—. Lo único que me importa es encontrarme en el mismo lugar que Femando. Aunque no puedo

verle, sé que está cerca y que respira el mismo aire que yo. Sé que contempla el mismo panorama, eso me consuela.

Menergas se rascó la barbilla.

—Pero es peligroso que estés aquí —dijo—. De un día para otro puede entablarse una batalla y entonces nadie sabe cuál puede ser el resultado.

—También me es igual —exclamó Lucero—. Sí el buque se hunde, yo moriré con Fernando y así seré feliz. Si le hieren, podré cuidarle, y si por desgracia le mata una bala, estaré a su lado para seguir su mismo destino.

—¿Quién anda/ahí?

La voz se oyó autoritaria y seca en el silencio de la noche.

—¡Menergas! ¡Tuerto! —volvió a decir la voz—. ¿Dónde estáis?

El corsario indicó a Lucero que se agazapase junto al cañón y salió al encuentro del que gritaba. Al mismo tiempo acudían sus dos compañeros.

Fernando Mendoza, pues de él se trataba, clavó sus ojos negros en los semblantes de sus subordinados. Éstos procuraron dominar el nerviosismo que les agitaba.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el segundón.

—Nadie.

—No mintáis. He oído claramente unas voces —volvió a decir Fernando.

—Éramos nosotros —dijo Menergas.

Mendoza les, miró con furor.

—Una de las voces era de mujer exclamó. —Oí que pronunciaba mi nombre.

Los corsarios callaron, avergonzados de verse descubiertos.

—Responded —ordenó el segundón—, o, por Dios, que os coloco en el cepo.

Menergas se encogió de hombros. El Tuerto balbuceó:

—Ya te hemos...

—¡Quiero la verdad!

Nadie respondió.

—Haré que os encierren a pan y agua —gritó Mendoza furioso.

Entonces se oyó una voz dulce que decía:

—Era yo quien hablaba, Fernando.

El corsario se volvió y su semblante reflejó el más profundo

asombro.

—¡Lucero! ¿Tú aquí?

CAPÍTULO VII

LAS DUDAS DE L'OLONAIS

Un silencio pesado se extendió sobre los cinco personajes de aquella escena. El segundón contemplaba estupefacto a la muchacha, mientras ésta esperaba alguna señal para hablar.

Por su parte, los tres alabarderos permanecían mudos e inmóviles en espera del castigo que debía caer sobre ellos. Sabían muy bien que Mendoza no bromeaba en cuestiones de disciplina y que no hacía distinción a favor de sus amigos, ya que de otro modo Villegas no le habría conferido el cargo de jefe de los alabarderos.

Fernando contempló con sorpresa a los corsarios y luego volvió a mirar a la muchacha.

—¿Qué haces aquí? —preguntó. Lucero dio un paso hacia el segundón.

—Quería estar a tu lado. Me era insoportable quedarme en Santo Domingo pensando que quizá tú no volverías. Era imprescindible que te acompañase, para poderte cuidar si algo te ocurría.

Mendoza nada respondió de momento. Después dijo:

—Una mujer en un barco sirve de muy poco. Además, no tenías ningún derecho a entrar en «El Antillano».

El corsario se volvió hacia sus subordinados, que, muy contritos, esperaban su condena.

—Vosotros la habéis escondido en el buque. Ahora comprendo por qué pedíais tanta comida. —Su cólera parecía ir en aumento.

—¿Es que no sabéis el castigo que tiene el que oculta a un

polizón?

Menergas quiso defenderse.

—Verás, Fernando...

—¡No me repliques! Iré a ver al capitán. El decidirá lo que debe hacerse.

Lucero se acercó al segundón.

—¡Fernando, no les castigues! Yo les supliqué que me ocultaran aquí porque no podía quedarme en tierra. Ellos no querían, pero acabé convenciéndoles. No les castigues.

Mendoza desvió la mirada, fijando los ojos en un cañón que apuntaba hacia el mar.

—Ellos conocían la pena que tiene el que introduce un polizón a bordo —dijo—. Te desembarcaremos en cuanto toquemos un puerto.

La muchacha lanzó un grito y se aferró al brazo del segundón.

—¡Por Dios, Fernando, no lo hagas! ¡Por tu madre te pido que no me separes de ti!

—Un galeón de guerra no es lugar a propósito para una mujer.

—Te juro que no te molestaré. No te pido otra cosa que estar a tu lado, porque en tierra, lejos de ti, me moriría de desesperación.

Fernando volvió hacia ella sus ojos oscuros.

—Un soldado no debe dejarse vencer por el sentimentalismo.

Invitó a Lucero a que le siguiese y se dirigió con paso firme hacia el alcázar de popa, y Menergas, El Tuerto y El Extremeño se miraron con desesperado fatalismo.

—¿Tú crees que nos pondrán en el cepo? —preguntó el primero.

—No sé —respondió El Tuerto—. Pero a don Diego no le va a hacer mucha gracia que hayamos escondido a una mujer a bordo, El Extremeño escupió con furor.

—Si pudiéramos hablar con el alférez quizá nos ayudase. Acordaos que él fué quien propuso que ayudáramos a La Máscara.

Menergas suspiró.

—La última vez que estuve en el cepo me dolieron las muñecas durante un mes.

—Oye —exclamó de pronto El Tuerto—, ¿por qué no hablas con Fajeda? Es paisano tuyo y te hará caso. Puede hablarle al capitán.

—Lo intentaré.

El centinela que montaba la guardia ante el alcázar de popa alzó

la alabarda, al tiempo que preguntaba:

—¿Quién vive?

—Soy Mendoza, tu cabo de escuadra.

El corsario bajó el arma y saludó a su superior, con distraída somnolencia. De pronto abrió desmesuradamente los ojos y contempló a Lucero que, en compañía del segundón, entraba en el castillo de popa.

Fernando se dirigió hacia el camarote donde descansaba Pérez de Lerma. Era el oficial de guardia y a él debía darle la novedad.

El alférez abrió la puerta y franqueó la entrada al joven y a la muchacha.

Juan se quedó mirando a esta última al tiempo que el corsario se descubría con respeto.

—¿No te he visto yo alguna vez? —exclamó el oficial.

—¿Cómo no, señor alférez? En el «Mesón de Buenosvinos».

—Muy cierto —agregó Pérez de Lerma. Luego se volvió al cabo y le preguntó—: ¿Ha entrado a formar parte de nuestra tripulación?

—No, señor alférez. Se ocultó en el buque como polizón.

Pérez de Lerma enarcó las cejas.

—¿Que se ocultó? Esto es imposible sin que nadie la ayudase.

Lucero recordó el castigo que esperaba a sus tres amigos y quiso hablar, pero Mendoza se lo impidió.

—Fui yo mismo, señor.

El alférez sonrió.

—¿De modo que primero la ayudasteis a ocultarse y ahora la entregáis? ¿Qué os ha hecho cambiar de parecer?

Quedó confuso Fernando, sin saber qué responder. Juan, sin dejar de sonreír, añadió:

—Bien, bien, es cierto que cuando anda una mujer de por medio todo se convierte en misterios. —Luego se volvió hacia Lucero y le dijo—: Muchacha, te quedarás aquí y mañana el capitán decidirá lo que hay que hacer contigo.

Mendoza hizo un gesto de extrañeza.

—¿Es que no vamos a desembarcarla?

—Eso debe decirlo el capitán.

A la mañana siguiente, Villegas recibió al alferez y a la joven. Juan le refirió todo lo que había ocurrido.

—¿Sabes que es una ofensa grave? —le preguntó don Diego.

—Sí, señor capitán. Pero...

—Continúa —invitó el corsario.

—Quería estar al lado de mi novio.

—¿Tu novio? ¿Y quién es tu novio?

—Fernando Mendoza.

Pérez de Lerma y el capitán se miraron.

—Eres una muchacha valiente —aseguró don Diego—, pero no tengo más remedio que desembarcarte en el primer puerto que toquemos.

—Como ordenéis, señor capitán.

—Aun tardaremos en llegar a Campeche —dijo el alferez—. De modo que de momento puedes quedarte con mi camarote.

Villegas se puso en pie, dando por terminada la entrevista.

—Si algo te falta, puedes pedirlo.

* * *

A la noche siguiente, cuando sentían la nostalgia de los puertos y de la compañía femenina, los corsarios se reunieron en cubierta. Tendidos sobre la madera, contemplaban la luna y charlaban recordando países lejanos y antiguos amores. Como si el astro de la noche poseyera un influjo misterioso, las facciones curtidas de aquellos hombres se habían suavizado, perdiendo toda su natural audacia y agresividad.

En un extremo, de la cubierta, un corsario esbelto de piel casi aceitunada, entonaba, acompañándose de la vihuela, una canción nostálgica y sentimental, plena de hondos lamentos y giros bravíos.

Su voz chillona parecía dominar la reunión de feroces guerreros, de los hombres separados del seno de la sociedad, gracias a cuyo esfuerzo se mantenía invicto el pendón de España.

En el puente, Villegas y sus oficiales escuchaban con emoción a sus aventureros. Aparte de la diferencia de grado, todos pertenecían a la misma casta y en ruda y estrecha hermandad se agrupaban gentilhombres y plebeyos, hidalgos y simples marineros, unidos por la sangre morena y ardiente que les impulsaba a navegar hacia la

gloria.

Lucero salió del alcázar de popa. La noche también había hecho presa en su nostalgia y sentía la ausencia de Fernando, que se encontraba tan cerca y a quien no veía desde que la descubrió a bordo.

Todos los corsarios eran para la muchacha antiguos amigos, pues casi todos iban al «Mesón Buenosvinos» para escuchar sus canciones. ¡Si algo pudiera ayudarles a soportar su aislamiento!

Lucero, obedeciendo a un impulso, se acercó al capitán.

—Mi señor don Diego.

Villegas se volvió.

—¿Qué quieres?

—Pediros licencia para que me permitáis cantar.

El corsario asintió.

—Hazlo. Esto agraderá a mis hombres.

Fajeda fué, por orden del alférez, a buscar la vihuela de éste.

Lucero templó las cuerdas y se acomodó junto a un cañón. Su voz dulce y acariciadora recorrió los grupos de aventureros, acallando sus conversaciones y encendiendo sus ensueños.

Incluso el vigía, desde su alto puesto, escuchaba su tonada sensual y llena de sentimiento.

Lucero pudo ver una alta y gallarda figura, vestida con una camisa blanca, que se destacaba de los demás corsarios y, como, siguiendo a un imán, se acercaba a ella. Los ojos de la joven buscaron los suyos y puso toda su pasión en las palabras de amor de la tonada.

Cuando concluyó, Fernando, pues él era, se alejó de sus compañeros y fué a acodarse en la borda. Lucero le siguió con la mirada, pero no se atrevió a unirse a él.

Lentamente los corsarios se retiraron, hasta que al fin tan sólo quedaron los centinelas de cubierta.

La muchacha salió del alcázar de popa. Necesitaba hablar con él y sentir su voz. Cuando llegaran a Campeche la desembarcarían y no sabía cuándo volvería a verle. No tenía la certeza de que Mendoza se encontrara aún en pie, pero creía estar segura.

Recorrió la cubierta, en la que los cantinelas permanecían inmóviles.

Al fin descubrió al joven acodado en la borda, contemplando el

firmamento.

—Fernando.

Se volvió al segundón. Su semblante moreno débilmente iluminado por las estrellas, no revelaba emoción alguna.

—Hola, Lucero.

Hubo una pausa penosa.

—Quiero —dijo al fin la muchacha— pedirte perdón.

—¿Perdón? —repitió extrañado el corsario.

—Sí. Quiero que me perdones por las molestias que puedo haberte causado a ti y a toda la tripulación. Comprendo que no debí embarcar.

Fernando hizo un gesto vago.

—No resulta tan desagradable tenerte a bordo.

—Pronto llegaremos a Campeche y entonces dejaré de molestaros. Pero recuerda siempre que si embarqué fué porque te quiero mucho y se me hacía insoportable pensar que podías morir lejos de mí.

Los ojos negros de la muchacha brillaron a la clara luz de la luna.

—No sé si volveremos a vernos, Fernando, pero no olvides nunca que te quiero mucho.

Mendoza clavó en ella sus ardientes pupilas. Por las mejillas de Lucero rodaban dos lágrimas, que ella ya no pretendía contener.

El corsario la miró en silencio. Después sus brazos la enlazaron con fuerza y la joven ocultó su húmedo semblante en el pecho del aventurero.

CAPÍTULO VIII

EL RETRATO DE L'OLONAIS

—Allí está Campeche.

Pérez de Lerma se volvió para ver la ciudad que Ohando señalaba.

Junto al mar, en una caleta, se alzaba la ciudad blanca y roja, protegida por una fortaleza y rodeada de espesos bosques.

Las olas, al romper sobre la playa, formaban una línea blanca que contrastaba con el color azul del Caribe.

Los tres galeones navegaban en dirección al puerto que se divisaba vagamente.

El alférez se dirigió hacia la cámara del capitán.

—Ya llegamos, don Diego —informó.

Villegas se puso en pie, dejando el derrotero que estudiaba.

—¿Presenta algún aspecto anormal?

—En modo alguno —respondió Juan—. No creo que el Olonés se nos haya adelantado.

Tomó Diego su chambergo y salió a cubierta. Varios corsarios examinaban, protegiéndose la vista con la mano, la lejana ciudad.

Don Diego de Villegas dio las órdenes necesarias y los galeones enfilaron la proa hacia el puerto. El capitán, por medio de un catalejo, estudió la costa.

En realidad, todo presentaba su aspecto de costumbre. Sin embargo, era muy posible que

L'Olonais

hubiera tomado la ciudad y fortificado en ella le aguardara para

hundir sus naves y de este modo quedaría cumplida la venganza que Francois juró al morir Lope Álvarez.

En respuesta a las órdenes de don Diego, la cubierta de «El Antillano» se llenó de actividad. Los corsarios aparecían con las armas dispuestas. Los artilleros dispusieron las piezas, mientras los marineros ejecutaban la maniobra armados con el machete y las pistolas.

Arcabuceros y piqueros formaron en cubierta, disponiéndose al combate.

En los otros galeones se realizó una preparación similar.

En el puente, Lucero contempló esta escena nueva para ella. Hasta aquel momento no comprendió con claridad lo que había hecho. Se encontraba en un navío de guerra, que partía en busca del enemigo.

La vista de las armas y de las mechas de los artilleros le indicó más claramente que todas las palabras el peligro en el que se encontraba, e, instintivamente, buscó a Fernando con la mirada.

Mendoza permanecía al frente de sus alabarderos, dispuesto a iniciar el ataque.

La incertidumbre de su situación se reflejaba en las facciones contraídas de los corsarios. Ignoraban cuál iba a ser el recibimiento que en Campeche les harían y de encontrarse la ciudad en poner de los bucaneros, de éstos estaría la ventaja. En un combate en igualdad de condiciones, o incluso en situación de inferioridad, pero en las posiciones delimitadas, nada les hubiera importado. Con una sonrisa de satisfacción hubieran iniciado la carga.

A pesar de su situación difícil, permanecían inmóviles en sus puestos, atentos a las órdenes del capitán.

Los tres galeones, con las portañolas abiertas y los cañones preparados, se dirigieron a la ciudad.

Lentamente, el puerto se divisó con más claridad. Ninguna embarcación de importancia se encontraba allí. Quizá los bucaneros no hubieran llegado aún.

En los muelles se veía a los marineros y a los operarios que paseaban tranquilamente. Un sinfín de lanchas de pesca y faluchos de cabotaje se mecían sobre las aguas.

En la fortaleza ondeaba la bandera de España, pero Villegas no se dejó convencer.

Desde el castillo dispararon un cañonazo para avisar de la presencia de la nota.

Un gran gentío comenzó a salir de las callejuelas y a congregarse en el puerto.

Esto convenció a don Diego, pero, sin embargo, no deshizo las formaciones de sus hombres.

Los tres galeones se acercaron al puerto. Sobre las cubiertas, los soldados permanecían en una rígida posición de firmes. Era aquél el momento de mayor peligro. Los buques se encontraban bajo la amenaza de los cañones de la fortaleza y podían ser destruidos.

La gente que llenaba el muelle comenzó a saludar a los navegantes. Entre la multitud se veían muchas mujeres.

Un oficial de arcabuceros se destacó de entre la multitud e hizo un saludo a don Diego. Desde tierra la gente hablaba castellano a los corsarios.

Diego y sus oficiales se miraron aliviados. No cabía duda de que los bucaneros aun no habían llegado a Campeche.

Atracaron los barcos y el oficial de arcabuceros subió a «El Antillano».

—Alférez Bobadilla.

El corsario le saludó atentamente. Luego le explicó su misión. El semblante del oficial palideció, al tiempo que maldecía con furor.

—Nada hemos visto ni sabemos acerca de los bucaneros. Pero si nos atacasen, encontrarían la ciudad desguarnecida.

—¿Cómo es eso?

—Toda la riqueza de Campeche proviene de los leñadores que en la selva recolectan el palo del mismo nombre. Últimamente ha habido algunas rebeliones de indios y aunque los leñadores son gente decidida, ha sido necesario levantar bastantes fortines en la selva, para proteger el camino de la ciudad. Campeche no posee actualmente más que una compañía de arcabuceros y si alguien nos atacase, fueran indios, proscritos o filibusteros, nos encontraríamos indefensos. ¿Puede vuesa merced dejarnos alguna fuerza?

Diego tardó en responder. Mentalmente hacía un cálculo de las probabilidades de su empresa. No podía permanecer en el puerto de Campeche, pues los bucaneros podían atacar otras ciudades y sin embargo tampoco podía dejar desguarnecida la ciudad.

—Llevo tres compañías a bordo —dijo—. Desembarcaré una de

las compañías para que quede de guarnición en Campeche. Quisiera, hablar con el Gobernador.

Bobadilla sonrió agradecido.

—Sí, señor capitán, Os acompañaré a su presencia.

—Quisiera, además, pedirlos un favor.

—Decid.

—Hay una mujer a bordo y desearía que la albergaran en la ciudad hasta que regresemos a Santo Domingo.

El alférez quedó sorprendido, pero como nadie ignoraba que los corsarios eran gente extraña, cuyas cabezas no estaban en orden, pensó que en ellos no era muy extraordinaria aquélla anomalía.

—Conozco una alquería de las afueras de la ciudad, donde albergarán a esa mujer.

Don Diego de Villegas siguió al alférez hasta la residencia del Gobernador. Leyó éste los documentos del capitán y luego escuchó su relato. A continuación comenzó a maldecir.

—¡Peste de comerciantes! —exclamó—. Mil veces he propuesto que se cree una milicia para casos como éste, pero se han negado a levantarla, alegando que los gastos son muchos. No piensan más que en sus gastos y no recuerdan que están a punto de perder la cabeza. Yo también fui soldado, señor capitán, y creedme que en ocasiones he pensado que esos señores no merecen nuestro sacrificio. Agradezco infinito el apoyo de la compañía que ofrecéis. Aunque viniera un ataque combinado de indios y bucaneros, con las dos compañías y con los pescadores y leñadores armados podríamos defendernos.

Don Diego regresó a bordo e hizo desembarcar a una de las compañías, que se albergó en la fortaleza. La otra se dividió en dos, quedando de defensa de los galeones.

Luego el capitán informó a Lucero de que debía quedar en tierra y de que el criado del alférez Bobadilla la acompañaría hasta su alojamiento.

La muchacha asintió y dijo que quería despedirse de algunos amigos de a bordo.

El capitán sonrió, dando su autorización.

Lucero salió a cubierta. Necesitaba despedirse de Mendoza. Quizá no volvería a verle y debía oír su voz antes de separarse.

Le buscó con la mirada entre los corsarios que paseaban por

cubierta. Le vio al fin, rodeado por los alabarderos.

—¡Fernando!

Se volvió el segundón, separándose luego de sus amigos.

La joven quedó silenciosa un instante. Después murmuró:

—Vengo a despedirme, Fernando.

El moreno semblante de Mendoza no reveló emoción ninguna.

—Te deseo suerte.

Lucero se mordió los labios. En vano buscaba con ansia algo que le indicara los sentimientos del corsario.

—¿Volveremos a Vernos?

—Sí. Desde luego. Cuando regrese de esta expedición.

El tono fríamente amable del segundón desesperó a la joven.

—¡Por Dios, Fernando! ¿Es eso todo lo que tienes que decirme?

—Olvídame, Lucero. No eres la mujer de un soldado.

Mendoza se alejó, dejando sola a la muchacha. Cabizbaja, ésta descendió por la pasarela, uniéndose al criado que debía acompañarla.

* * *

Francois

L'Olonais

paseaba furioso por su camarote. Ninguna razón tenía el capitán bucanero para sentirse inquieto y, sin embargo, sus nervios de hombre de guerra le avisaban de un peligro, que difusamente entreveía, sin poder precisar cuál era.

La expedición había rendido ya grandes beneficios. En el golfo de Méjico habían capturado una flota española de dos galeones, obteniendo un botín de siete mil piezas de a ocho^[6]. Luego capturaron un buque mercante en el que se transportaban perlas, minerales y sedas a España.

Por fortuna encontraron en alta mar al navío del capitán filibustero, Vicent Argayll, quien, al enterarse de los proyectos de L'Olonais, se unió a la empresa.

De este modo su flota contaba con cinco buques y casi ochocientos hombres.

Pero no fué por voluntad de Francois que se habían dirigido

hacia el golfo de Méjico. El bucanero debió acceder a la presión de Davis, de Leach y de Van Vin, a quienes cegaba la perspectiva de capturar un rápido botín. El Olonés consintió, por miedo a que sus hombres se amotinaran, pero su plan primitivo era dirigirse a Tierra Firme.

Sabía con certeza que en Yucatán se encontraban ciudades tan ricas como Mérida y como Campeche, a las que aun no habían molestado los bucaneros.

En la mente de el Olonés revivía el relato de las hazañas del inglés Francis Drake, quien atacó por dos veces la Habana, y, que aunque no logró apoderarse de la ciudad, obtuvo bastante botín, saqueando las haciendas cercanas. Y el francés Giibert Girón, que capturó tres naves en el mismo puerto de la Habana, llenas de mercancías. Ciertamente que otros muchos, entre ellos Girón, habían muerto al intentarlo, pero

L'Olonais

confiaba en su estrella.

Creía poder superar las hazañas de estos antecesores profesionales, capturando una ciudad donde él botín sería muy superior a todo lo que hasta entonces habían obtenido los bucaneros.

L'Olonais

se creía con condiciones para llevar a cabo estas empresas. Estaba acostumbrado a mandar. Sabía trazar un plan de batalla y llevarlo adelante, su valor no admitía dudas y era insensible hasta la crueldad.

Al fin había logrado que sus buques enfilaran la proa hacia Yucatán y todos sus esfuerzos se concentraban en el asalto de las ciudades. Se creía con fuerzas suficientes para dar el golpe.

Se imaginaba su regreso a la Tortuga. Ningún capitán de «La Hermandad de la Costa», ni siquiera el propio Morgan, poseería su fama y su prestigio. Sería el jefe indiscutible de la flota bucanera y entonces *monsieur* de la Place cumpliría la promesa que le hizo en cierta ocasión. El espaldarazo de gentilhomme y un grado en la armada francesa, que era lo que más le importaba.

Al dirigirse hacia Yucatán, Francois

L'Olonais

iniciaba no su propia carrera, sino la de su rival más peligroso,

Henry Morgan.

CAPÍTULO IX

FUEGO EN EL MAR

Las dos flotas enemigas avanzaban por las aguas azules del golfo de Méjico.

Los españoles recorrían la costa en espera de los bucaneros, que, inconscientemente, avanzaban a su encuentro. Con las velas desplegadas, los filibusteros se dirigían hacia la costa afilando sus aceros, con la esperanza del botín que allí les aguardaba.

Como jefes y guardianes, los tres galeones defendían Campeche y todo el Yucatán de las aves de rapiña que querían lanzarse sobre la prospera ciudad de leñadores.

Incansablemente, los vigías oteaban el horizonte, buscando la aparición de las vergas bucaneras. Pero el mar azul, repleto de destellos cegadores, no ofrecía otro espectáculo más que el cielo sin nubes y el agua limpia.

Ya comenzaban a cansarse los españoles de buscar a un, enemigo que no aparecía, cuando una tarde...

Habían repartido el rancho y los hombres descansaban en sus literas o sobre cubierta, buscando la sombra de los mástiles.

Los centinelas no descuidaban la guardia a pesar del sopor que invadía a aquella hora, y los vigías mantenían una atenta vigilancia.

De pronto, se oyó la voz del vigía de «El Antillano», que navegaba en cabeza:

—¡Buques a la vista!

Al instante, la actividad renació sobre la cubierta. Marineros y soldados corrían a tomar las armas y a ocupar sus puestos, al

tiempo que los oficiales daban las voces de mando.

Informaron con rapidez a los otros dos galeones, que enseguida se dispusieron al combate.

Los pífanos y los atambores tocaban zafarrancho sin cesar.

Villegas se retiró a su camarote, donde escribió unas notas para Ruiz de la Aldea y para Gómez Cueva. Después llamó a Menergas y al Tuerto.

—Tomad estos mensajes y entregádselos a los capitanes de los galeones. Rápido.

Saludaron los corsarios y subieron a cubierta. Una vez allí se despojaron de las blusas y de las botas, arrollándose los pantalones a las pantorrillas, Luego se arrojaron al mar, dirigiéndose cada uno a una de las dos naves.

Lucharon bravamente contra las aguas y escalaron por la escala que les tendieron. Entregaron sus mensajes al capitán y permanecieron en cubierta semidesnudos, mojando la madera con el agua que les chorreaba por el cuerpo.

Los capitanes, a su vez, contestaron a don Diego y entregaron las notas a los corsarios, que regresaron a nado a «El Antillano».

En el horizonte comenzaron a divisarse las vergas de los buques anunciados.

Lentamente fueron apareciendo por completo. Eran cinco e, indudablemente, de fabricación inglesa y francesa.

Ambas flotas se acercaban, con las velas desplegadas, igual que aves gigantescas que se deslizasen majestuosamente por la superficie líquida, de la que el sol arrancaba destellos.

Diego, por medio del catalejo, observaba los buques que marchaban a su encuentro. Ninguna duda cabía acerca de la nacionalidad de «El Antillano» y sus dos compañeros. La bandera de España ondeaba, en la popa. Don Diego estudió atentamente las naves desconocidas. Se trataba sin duda alguna de buques de guerra. Pudo distinguir las portañolas abiertas, por la que los cañones se disponían a iniciar la lucha. Sobre las cubiertas reinaba una extraña actividad.

Antes de divisar el estandarte fúnebre de los bucaneros, supo Diego que se trataba de L'Olonais.

Tan sólo le desorientó que fueran cinco barcos en vez de los cuatro

que le habían informado.

Apartó de su vista el catalejo para examinar la cubierta de su galeón. Ningún corsario aparecía sin armas. Los marineros, con los machetes y las pistolas al cinco, ejecutaban las maniobras ordenadas, los artilleros soplaban las mechas junto a las piezas, Los arcabuceros eran distribuidos por Leyden para proteger a tiros los abordajes, mientras los piqueros, a las órdenes de Pérez de Lerma, aguardaban el momento de entrar en acción.

Don Diego llamó aparte a Ohando y al alférez y les dio unas instrucciones.

Asintieron los dos oficiales y Juan eligió a un grupo de marineros a los que formó junto con sus soldados.

Luego, don Diego hizo comparecer a Matholi, a quien dio unas breves órdenes. El condestable se retiró y, a su vez, transmitió las órdenes a los artilleros. Breves instantes después, junto a cada pieza, se veía un cubo repleto de carbones encendidos.

Los buques de
L'Olonais

avanzaban, formando dos grupos. Francois, en cuanto vio la bandera española, dispuso el plan de ataque. Tenía la ventaja de que sus naves eran más ligeras que los galeones y se proponía separarlos, de modo que resultasen una presa fácil. De un modo incomprensible, «El Antillano» se separó de sus dos compañeros, colocándose a tiro de dos embarcaciones bucaneras, las naves que capitaneaban Van Vin y Argayll.

Lentamente, los filibusteros se acercaron al galeón. Junto a la borda se divisaban los semblantes feroces, que sonreían ante la perspectiva de la lucha fácil.

Mientras, Gómez Cueva y Ruiz de la Aldea se enfrentaban con Leach, Davis y
L'Olonais.

Los cañones comenzaron a tronar. En las aguas se reflejaban, las llamaradas rojas que brotaban de las bocas de los cañones y el humo envolvía, en espirales, a las embarcaciones.

Las naves de Van Vin y de Vicent Argayll se acercaban a «El Antillano». En el galeón no se advertía ni un solo movimiento.

De improviso, don Diego gritó:

—¡Fuego, señores de la artillería!

Una andanada sacudió todo el buque. Las bocas de los cañones vomitaron su contenido y sobre el buque de Moisés Van Vin cayó una lluvia de carbones encendidos, con los que Matholi había cargado las piezas. Los tizones quemaron las velas y prendieron en la madera del navío. Sobre la cubierta hubo un revuelo de terror. Corrían todos, huyendo de las llamas que comenzaban a alzarse.

De pronto, una nueva andanada desparramó otra lluvia de carbones sobre el buque de Van Vito. Enloquecidos por el fuego que prendía en la nave, los filibusteros se lanzaron al agua, arriando otros los botes y dirigiéndose todos hacia la embarcación más cercana.

Mientras, desde el otro costado de «El Antillano», partían disparos graneados de los cañones, que inutilizaban las piezas de Argayll.

En la cubierta del galeón, que se acercaba al buque filibustero, se veían a varios marineros con los ganchos de abordaje dispuestos. Los arcabuceros barrían a tiros la borda enemiga, mientras, desde el puente, Fajeda manejaba dos culebrinas de latón, con las que regaba de metralla la cubierta enemiga.

Los dos buques se acercaban aún más. Los garfios volaron por el aire y cayeron sobre él buque filibustero, haciendo presa en la borda.

Varios corsarios se aferraron a los cables y comenzaron a cantar, al tiempo que unían las dos embarcaciones.

«Oh, San Pedro —gran varón,
Oh, di Roma —está el perdón,
Oh, San Pablo —son compañero.
Oh, que ruegue —a Dios por nos
Oh, por nosotros —navegantes
Oh, este mundo —somos tantes».

Mientras, los artilleros españoles disparaban sobre las portañolas enemigas y los arcabuceros impedían que nadie cortara y arrancara los garfios.

Chocaron los cascos de las dos llaves. Los cañonazos arrancaban las portañolas, mientras algunos artilleros disparaban sus pistolas a sus adversarios.

Pérez de Lerma gritó, blandiendo su espada.

—¡Santiago y cierra España!

Algo inclinado sobre la alabarda, con los labios fruncidos de furor, Mendoza inició el ataque. Saltó al interior del buque adversario, seguido por sus veinticinco alabarderos. Sus armas se agitaban en el aire, clavándose en los cuerpos enemigos y abriendo una brecha en sus grupos compactos.

El alférez, rodeado por los piqueros, entró a su vez en la nave adversaria, cargando con ferocidad sobre los bucaneros. Al mismo, tiempo, los marineros que seleccionó Juan se desparramaron por la cubierta enemiga, blandiendo sus aceros desnudos.

Acorralados por la furia española, los filibusteros retrocedieron, defendiéndose con dificultad.

Entonces don Diego dio la orden de:

—¡Corten las amarras!

Con secos golpes las cuerdas que sujetaban los garfios quedaron cortadas y las dos naves se separaron. «El Antillano» se dirigió a ayudar a los dos galeones que seguían luchando contra los filibusteros, mientras Pérez de Lerma continuaba batallando en la cubierta de la nave.

Sabían los corsarios que les era imposible toda retirada y combatían con saña feroz. Sus picas y sus espadas cercenaban brazos y cabezas, abriendo brecha en las hileras de los bucaneros.



Sobre cubierta hubo un revuelo...

De este modo, don Diego había inutilizado dos buques enemigos, pues el de Van Vin se incendió y sus restos se hundían en el mar, y el de Argayll, al convertirse en campo de batalla, dejaba de luchar, Pérez de Lerma incitaba a sus hombres a batirse. Se infiltraba entre las filas de los bucaneros, descargando golpes con su tizona, que inevitablemente derribaban a un contrario. Seguido por los

alabarderos, a cuya furia nadie se atrevía a oponerse, el alférez se dirigió al puente, desde donde Vicent animaba a sus hombres. Juan amartilló la pistola y descerrajó un tiro al capitán bucanero que le derribo por tierra, luego saltó sobre el puente, asestando golpes de tizona a los que allí luchaban. Los alabarderos se encargaron de exterminarlos.

Mientras, el alférez disparó sobre los filibusteros las dos culebrinas cargadas con metralla. Varios forajidos se desplomaron, sin vida, tiñendo la cubierta con su sangre.

Después, el oficial alzó en vilo el cadáver de Vicent y lo arrojó entre sus hombres.

El terror hizo presa en los bucaneros, al tiempo que los españoles adquirirían nuevos bríos.

Desordenaron las filas de los proscritos, persiguiéndoles sin piedad. Éstos se defendían hasta caer acuchillados o se arrojaban al mar para huir de los corsarios.

Pérez de Lerma contempló el buque que había capturado y con una sonrisa ordenó a los marineros.

—Vayamos a ayudar a nuestro capitán.

Mientras, «El Antillano» y los dos galeones se enfrentaban con las tres últimas naves de L'Olonais.

Los cañones españoles vomitaban plomo y metralla sobre los filibusteros. Al ser mayores y más pesados los galeones podían transportar piezas de mayor calibre y en mayor cantidad y puesto que un solo galeón representaba un enemigo peligroso, tres se convirtieron en una seria amenaza para los bucaneros.

Éstos, cuyas naves eran más rápidas, pretendieron esquivar los disparos, no permaneciendo jamás en el mismo lugar, pero de este modo, aunque evitaban el abordaje, no lograban que sus cañones dieran en el blanco.

Sin embargo, las andanadas de los españoles castigaban duramente a los filibusteros. La nave del Olonés tenía la cámara de popa hecha astillas y parte de la cubierta estaba destrozada. Asimismo, los costados presentaban varios boquetes que impedían la navegación.

Leach tenía desbrozado el palo de mesana y asimismo su nave se veía tan averiada que no podía resistir un largo combate.

El que mejor parado se encontraba era Davis.

Las horas habían transcurrido y el sol comenzaba a declinar en el horizonte. El mar y el cielo se teñían de rojo como si quisieran unirse al fuego y la sangre que vertían los hombres.

L'Olonais

esperaba la noche con impaciencia. Protegido por las sombras podría huir hacia el mar o acercarse a las costas a desembarcar. De día no lograría apartarse de los españoles y éstos le hundirían sin piedad.

Casi no le quedaba otra salida que desembarcar en la costa de Yucatán. Aun contaba con bastantes fuerzas para tomar Campeche por asalto y apoderarse de algunas embarcaciones que le devolviesen a Tortuga.

De estas meditaciones le sacó su contraamaestre, mostrándole un nuevo buque que entraba otra vez en combate.

Al principio se alegró, ya que era el navío de Argayll, pero el buque enarbolaba la bandera española y abría fuego sobre ellos.

CAPÍTULO X

DESCUBIERTA

Francois se vio perdido. Desde el puente daba órdenes tajantes a sus bucaneros, mientras maldecía su suerte.

Examinó los galeones por medio de su catalejo y no pudo, ahogar una exclamación de sorpresa y de rabia impotente.

Uno de los navíos españoles era «El Antillano».

Allí se encontraba el odiado Villegas, el hombre que mató a su amigo Álvarez y de quien él había jurado vengarse. Tan sólo aquel corsario era capaz de convertir en victoria una manifiesta derrota.

Cuando se enfrentaron, los bucaneros contaban con cinco naves y los españoles con tres. Habían cambiado las cosas y entonces, los tres buques filibusteros eran atacados por cuatro navíos.

Tan sólo quedaba una solución. Dirigirse a tierra. Aprovecharía la obscuridad para desembarcar a sus hombres en la costa y marchar sobre la población. Verían entonces si eran capaces de vencerle. Repetiría con más crueldad la toma de Ciudad de la Perla.

El sol había desaparecido ya en el horizonte y las sombras de la noche comenzaban a extenderse por el mar.

Francois

L'Olonais

sostuvo su posición durante una hora. Los impactos de los cañonazos abrían boquetes en sus naves y cada minuto se hacía más difícil la huida. Pero el Olonés aguardaba el momento preciso. Mientras, dio sus órdenes a los marineros y a Davis y Leach.

De pronto, con esos cambios bruscos, propios de las regiones tropicales, la noche tendió su manto negro sobre el mar.

Los bucaneros viraron en redondo y pusieron, proa a la costa, perseguidos por los cañonazos españoles.

—No podemos seguir a

L'Olonais

—explicó don Diego—. Sus naves son mucho más ligeras y de menos calado, de modo que pueden acercarse a la costa con más facilidad. Nosotros deberíamos recorrer en lanchas mucho más trayecto y les sería sencillo hundirlas con sus cañones. Esto es quizá lo que esperan los filibusteros para derrotarnos y no podemos permitir que Campeche quede indefensa. Ciertamente que muchos de esos desalmados han muerto, pero aun serían capaces de conquistar la población. Debemos regresar a ella.

Con gran alegría, vieron los bucaneros cómo los galeones viraban, alejándose de aquel lugar.

Ya no les impedirían el desembarco. Durante toda la noche trabajaron sin descanso los filibusteros, trasladando a tierra armas, víveres y municiones. Asimismo, descargaron la artillería de los buques de

L'Olonais

y de Leach. Davis, cuya nave era la única que aun quedaba en buen estado, se opuso a que fuera desarmado su buque, a pesar de las protestas de Francois, que aseguraba que en Campeche obtendrían más buques.

Una vez los cañones en tierra, los bucaneros dejaron una pequeña guarnición en el barco de Edward Davis y se internaron en la selva, arrastrando la pesada artillería naval con cuerdas atadas a las piezas.

Así avanzaron hasta encontrarse sobre una loma. No le fué difícil al Olonés orientarse por las estrellas y al poco rato de marcha vieron brillar en la noche las luces de la ciudad de Campeche.

La luna iluminaba la playa y el mar que se perdía en la distancia, en forma de herradura.

Desde su posición, los bucaneros se tendieron a dormir, aguardando al nuevo día para salir a batir a los españoles.

Francois, junto con Van Vin, que logró salvarse del incendio de su buque, con Davis y Leach y los segundos de éstos, trazó sus planes para el ataque a la ciudad. Destacó un grupo, del que formaban parte Santos Kakaracou, Gremillom y Renzo, a las

órdenes del irlandés Smee.

Los exploradores avanzaron por la selva para cerciorarse de que ninguna fuerza les amenazaba por aquellos lugares. Con los machetes y las pistolas dispuestas, marcharon cautelosamente, procurando no descubrirse.

De pronto vieron una granja que se alzaba en un claro del bosque, protegida por una empalizada. Era una choza de troncos y de adobe, con techo de ramas. Sentados en el porche se veía a un matrimonio joven, rodeados por dos niños de corta edad; y un criado indio.

Smee indicó a sus filibusteros que se acercasen, protegidos por la empalizada.

—Hace ya muchas horas que no se oyen disparos —decía la mujer.

—Quiera Dios que hayan muerto todos los piratas —respondió el marido.

Inesperadamente, el criado se puso en pie y olfateó el aire, como un perro que husmea la caza.

—El señor capitán Villegas dará buena cuenta de los bucaneros agregó la mujer. Me agradaría que colgasen a todos en la plaza mayor de Campeche.

Santos Kakaracou lanzó un bufido y saltó la valla antes de que nadie pudiera impedirselo.

Blandió su alfanje y dando un alarido se abalanzó sobre el matrimonio. El criado indio, armado únicamente con un palo, se interpuso en su camino. Santos descargó su acero sobre el indio y le derribó con el cráneo partido.

Mientras, Smee, Fiorsen y otro filibustero se abalanzaban sobre el colono. El labrador intentó luchar con desesperación. Su mano empuñaba un cuchillo, pero Fiorsen desvió el arma, clavándole su daga en el cuerpo. Se oyeron unos chillidos de dolor y se volvieron todos para ver a Gremillon que apuñalaba a los niños.

Renzo sujetaba a la mujer del labrador, que pretendía correr en ayuda de sus hijos. El bucanero sonreía, sin importarle la desesperación de la joven, contemplando a la bien parecida granjera. El terror que se reflejaba en los ojos negros de la mujer excitaron al filibustero, que dijo, al tiempo que la empujaba hacia el interior de la choza:

—Una moza tan bella como tú no debe ser tan arisca.

* * *

Los cuatro buques de Villegas llegaron a Campeche cuando ya era noche cerrada. En el puerto les recibieron los oficiales de la guarnición y el corsario les informó de lo que había ocurrido.

El de más graduación maldijo en voz baja y luego explicó:

—Ayer llegaron unos correos del interior. Parece ser que los indios andan revueltos, Han atacado algunas haciendas y poblados de leñadores. Asimismo, las partidas de forajidos han asaltado varios convoyes. Ha sido necesario enviar la compañía de corazas^[7] y a la infantería. Tan sólo quedaron las fuerzas que vuesa merced nos prestó.

Diego se encogió de hombros.

—Defenderemos la ciudad con las tripulaciones de los buques.

Minutos después las dotaciones de los navíos cruzaban la ciudad en sombras, formando una columna salvaje y abigarrada, Marchaban primero los piqueros y arcabuceros de «El Antillano», a las órdenes de Ohando y del alférez, luego venía la compañía de soldados con sus coletes de ante, sus chambergos, sus cascos y sus coseletes bajo el mando de Ruiz de la Aldea, y por último los marineros de las tres naves agrupados bajo la dirección de Gómez Cueva, Lucían estos machetes y las pistolas al cinto, y muchos camisas blancas y pañuelos multicolores en la cabeza.

En vanguardia, los pífanos y los atambores señalaban el ritmo de la marcha y las pisadas resonaban sobre el empedrado seco y acompasadamente.

Las luces de los faroles que colgaban de las esquinas, reflejaban en las encaladas paredes de los edificios las sombras gigantescas de los aventureros del mar.

Algunas ventanas se abrieron, atraídos los moradores de Campeche por el paso de los corsarios.

La columna cruzó la ciudad y salió a las afueras, instalándose en un bosquecillo no lejano al mar. Suponía Villegas que L'Olonais

avanzaría, protegiéndose el flanco con la costa.

Rápidamente se instaló el campamento de los españoles. Se

montaron los puestos avanzados para evitar una sorpresa, y los centinelas del vivac.

Luego Diego llamó a Fernando.

—Debes marchar con los alabarderos y explorar los alrededores, procurando descubrir al enemigo.

—Sí, señor capitán.

—En caso de toparos con una patrulla enemiga, eludiréis el combate a menos de que tengáis la seguridad de aniquilarlos.

—Sí, señor capitán.

—Pero si veis venir un fuerte número de bucaneros, les atacaréis, enviando un aviso al campamento, y lucharéis para detenerles aunque ninguno de vosotros sobreviva.

—Sí, señor capitán.

Saludó Mendoza y al poco rato los alabarderos se internaron en la selva. La fuerza corsaria permaneció agazapada en el bosquecillo, con las armas dispuestas. En cuanto surgiera nuevamente el sol, Villegas se proponía entablar batalla, pero no estaba dispuesto a lanzar a sus hombres, en plena noche, contra un enemigo que les aventajaba en número.

Además, no podía avanzar a ciegas. Era necesario que conociera la posición de los filibusteros. Por lo que le habían indicado, aquel bosquecillo era un buen lugar para establecer un campamento. Poseía bastante espacio para que los hombres descansaran a sus anchas y la maleza les ocultaba a los ojos del adversario.

Sus corsarios y los soldados se acomodaban como mejor podían en el vivac. Algunos se echaban en el suelo, con el arma entre los brazos, otros se sentaban, formando corros y charlaban en voz baja y no faltaban aquellos que aprovechaban el descanso para descabezar un sueño.

Los centinelas, con la pica o el arcabuz al hombro, daban su ronda con marcial precisión. Los piquetes avanzados protegían a las tropas de cualquier sorpresa.

Lentamente, la luz del nuevo día comenzó a filtrarse por entre las ramas de los árboles. Una neblina blancuzca tiñó los contornos de la maleza y desdibujó las figuras, dándoles un aspecto fantasmal. Luego, el sol, de rayos limpios y brillantes, derramó su esplendor sobre la tierra. Las hojas de los árboles semejaban más verdes, al herir la luz del astro diurno el rocío que las cubría. En las ramas

cantaban alegremente los pájaros. Los corsarios se desperezaron, estirando sus brazos musculosos y soltando sus ropas, como si el nuevo, día hubiera roto la tensión de la guerra.

Desde la ciudad, llegaron algunas carretas cargadas con pan, tocino y cecina, y algunas barricas de aguardiente.

Con alegría comieron los aventureros los alimentos que les enviaba el Gobernador de Campeche.

Luego, los corsarios se tendieron sobre tierra para recuperar el sueño perdido, después de haber formado pabellones con las armas. Algunos charlaban y reían y no faltaban aquellos que en voz baja entonaban viejas canciones.

Villegas se retorció el bigote con nerviosismo. Las horas iban pasando y la patrulla de alabarderos no regresaba. Algo grave debía haberles ocurrido o bien los bucaneros se habían, internado mucho en la salva, alejándose de la costa, pues Mendoza no era hombre que dejara de cumplir ninguna orden.

De pronto, se oyó la voz de un centinela:

—¡Alto! ¿Quién vive?

Una voz, entrecortada por la fatiga, respondió:

—España. —Y después de una pausa, agregó—: Somos la patrulla de alabarderos.

CAPÍTULO XI

ENCUENTRO EN LA SABANA

El sol recorrió lenta pero seguramente el cielo y el calor comenzó a sentirse. Callaron las conversaciones y los hombres cayeron en un pesado sopor.

El oficial de guardia consultó la hora y repartió el rancho. Nuevamente se tendieron a descansar.

Mendoza se colocó la alabarda al hombro y echó a andar seguido por los veinticinco corsarios.

No ignoraba que su misión era peligrosa y tenía muchas probabilidades de no salir vivo de aquella empresa.

La selva se extendía ante sus ojos inmensa e intrincada, como una barrera negra e impenetrable. La noche parecía dar un tono más misterioso a aquella extensión cubierta de cocoteros y de malezas salvajes que formaban una muralla tupida que el viento agitaba levemente. Los murmullos de la selva semejabán más misteriosos en la noche y se hubiera dicho, que mil genios, maléficos se ocultaban entre la maleza, sedientos de sangre humana.

Cada crujido de una rama, el rumor de unas hierbas movidas por el viento parecían anunciar la presencia de fieras y de espectros.

Los corsarios apartaron la maleza, avanzando con precaución. Para ellos aquel bosque no era un lugar encantado y misterioso, sino un trozo de terreno donde debían dar batalla y en el que era muy posible que el enemigo los aguardara para acuchillarles.

Por esta razón, los hombres de guerra avanzaban siempre hacia la aventura, inconscientes de su hazaña, como si ejecutaran la más

prosaica de las acciones.

Fernando apartaba cuidadosamente la maleza, marchando con precaución. Sus alabarderos procuraban avanzar sin que su paso atrajera la atención de posibles bucaneros ocultos en el bosque. Además de los filibusteros, existía el peligro de que los indios sublevados se encontraran por aquellos alrededores. Pero las emboscadas, las heridas e incluso la muerte eran simples accidentes de su profesión para los corsarios.

Continuaron marchando. La obscuridad era casi completa. Una luna plateada se filtraba a través de los árboles, hiriendo en ocasiones los semblantes de los corsarios con rayos fantasmales.

Las horas fueron pasando sobre la marcha lenta y penosa de los aventureros. La luna desapareció para dar paso a una claridad grisácea que por momentos se tornaba en luz lechosa. Entre los árboles y sobre la maleza, danzaban girones de niebla blancuzca. El rocío humedeció las ropas de los corsarios. Un vaho de tierra mojada hirió a los aventureros, trayéndoles el recuerdo de las alquerías de su infancia.

Llegaban ya al límite del bosque. Comenzaba entonces una sabana^[8] que se extendía cubierta de hierba verde.

A corta distancia se alzaba una granja, protegida por una empalizada. Ocultos en la maleza, los corsarios contemplaron la cabaña de adobe y de troncos. Una infinita sensación de placidez y de serenidad se extendía sobre la construcción. Silenciosa, la alquería semejaba encontrarse muy lejos del teatro de las luchas entre españoles y bucaneros.

Fernando murmuró al oído de Menergas:

—Nos acercaremos a la choza. Quizá sus amos puedan darnos informes acerca de los filibusteros, pero es muy posible que ellos se hayan ocultado allí. Avanzaré yo solo y si no hay peligro os avisaré. Mendoza salió de la selva y se acercó a la alquería. Mantenía la alabarda alzada con las dos manos por si era preciso repeler un ataque por sorpresa.

Sus ojos negros se mantenían vigilantes, buscando en la tierra y en la choza los datos que su capitán le había pedido. Se detuvo de improviso el corsario. Alrededor de la empalizada se veían huellas de pies. Fernando las estudió con atención. Si fueran de labradores guardarían la forma de los huaraches o de pies desnudos. En efecto,

vio las huellas de alguien que iba descalzo, pero también pudo distinguir unas señales que conocía muy bien. Eran las pisadas de botas de montar y de zapatos de cuero.

Decidido, el joven buscó la puerta de la empalizada. Estaba abierta y entró apresuradamente. A la luz difusa del amanecer pudo distinguir un espectáculo que, incluso para un hombre curtido en la guerra como el segundón, le hizo estremecer.

En medio de la senda que conducía a la granja se veía el cadáver de un criado indio, con el cráneo partido. En la entrada de la choza yacía el cuerpo ensangrentado de un labrador joven y junto a la vivienda dos niños descansaban sobre la tierra empapada en sangre. Sus delicadas facciones se veían contraídas por el terror y los dilatados ojos miraban fijamente al cielo, como si preguntaran la razón de tanta crueldad.

El semblante de Fernando adquirió una dura rigidez. Sus negras pupilas brillaron de furor. Los dedos se agarrotaron sobre la alabarda y por un instante, el corsario, bañado por la difusa claridad del amanecer, contempló en silencio las huellas del paso del hombre.

Inesperadamente, un lamento le sobresaltó. Buscó a su alrededor para ver quién se quejaba y tan sólo vio cadáveres. Temió por un instante haber perdido el juicio, pero nuevamente oyó el lamento. Procedía del interior de la vivienda. Cruzó la puerta sin soltar su alabarda. Quizá fuera un bucanero herido o quizá una añagaza, y entonces...

Ante sus ojos apareció una mujer joven y bien parecida que, con las ropas rasgadas y el cabello en desorden, yacía en el centro de la habitación. Mendoza se arrodilló a su lado. Vivía, aún, pero no tardaría en morir. Estaba tan débil que ni siquiera podía hablar. El segundón dejó su arma y procuró incorporar a la mujer. Su cuerpo estaba flácido, carente de fuerza. Su pecho se agitaba con desesperación. Abrió los ojos y dirigió una última mirada a la habitación donde había nacido. Pareció buscar algo que la aferrase a la vida, pero un sollozo agitó su cuerpo y dobló la cabeza, con la existencia rota.

Fernando volvió a depositarla en el suelo y tomó la alabarda. La sangre le bullía y su mente repetía un solo pensamiento: matar, matar y matar. Era necesario que aniquilasen a todos los bucaneros;

para salvar a las mujeres de Campeche, entre las que figuraba Lucero. Decidido, salió de la choza.

—¡Acercaos!

Los alabarderos obedecieron, uniéndose al corsario. Éste les relató en pocas palabras lo que sucedía.

—Juzgo que por aquí anda una patrulla de filibusteros y juzgo que es necesario que la aniquilemos.

Partieron los aventureros, buscando el rastro de sus enemigos. De improviso, El Tuerto, que con su único ojo veía más que muchos con dos, exclamó:

—Aquí se ven las huellas de unos hombres.

Mendoza examinó las señales descubiertas por el corsario. Parecían las mismas que viera junto a la granja: unos pies descalzos, otros calzados con botas y unos diminutos, como de un niño.

—Vamos —ordenó.

El sol comenzaba a brillar sobre la tierra, dorando la hierba húmeda por el rocío y disipando la niebla matutina.

Los corsarios continuaron su marcha por la sabana, en busca de los bucaneros. El espectáculo que presenciaron en la granja encendía la sangre de aquellos hombres duros, salvajes y generosos.

De pronto, Mendoza se detuvo.

—He visto brillar algo tras aquellos matorrales. Juraría que es un mosquete herido por el sol.

Cautelosamente se acercaron los aventureros hacia la maleza en la que quizá se ocultaban los bucaneros. Fernando amartilló una pistola, que empuñaba con la mano derecha mientras con la izquierda sostenía la alabarda.

De improviso, partió un disparo de los matorrales y derribó a un corsario. El segundón alzó la pistola y oprimió el gatillo. Un alarido le demostró que había dado en el blanco.

—¡Adelante!

Como fieras cargaron los aventureros, con las alabardas en ristra. Saltaron por encima de los matorrales, cayendo entre la patrulla de filibusteros.

De un golpe, Fernando cercenó un brazo, que le amenazaba con un machete. Menergas desvió un acero y partió la cabeza de Smeé. Los filibusteros, sorprendidos por la furia del ataque, comenzaron a retroceder.

Mendoza esgrimía su alabarda con increíble rapidez, desviando estocadas y repartiendo heridas. Renzo se alzó ante él, con su espada desnuda. En su semblante brillaba una sonrisa de diabólica alegría. Fernando detuvo el acero del italiano y descargó un golpe con él filo de su alabarda.

Renzo lanzó un alarido salvaje, como el de una bestia herida, y se desplomó con el rostro destrozado. Quedó en el suelo, retorciéndose de dolor, mientras la vida se le escapaba por su herida.

El combate se desarrollaba con franca ventaja para los corsarios. El valor de los filibusteros era innegable, pero la furia de los españoles amenazaba arrollarles. Fiorsen manejaba el arpón, su arma favorita. Santos repartía tajos con su alfanje y Gremillon, oculto entre la hierba, dirigía puñaladas al bajo vientre de los aventureros. Pero la acometividad de los corsarios era incontenible. Lentamente, los bucaneros fueron retirándose, sin lograr desprenderse de los españoles, que les atacaban con enloquecida ferocidad.

De improviso, sonó una descarga cerrada y varios corsarios cayeron sin vida, sobre los cadáveres de sus enemigos. Fernando mató a su adversario y se volvió para ver lo que ocurría. Unos cincuenta filibusteros avanzaban sobre ellos, cargando nuevamente sus mosquetes.

Animados por este inesperado refuerzo, Fiorsen y sus hombres adquirieron nuevos bríos.

Mendoza, alzando su alabarda, se lanzó sobre el enemigo. El acero relucía al sol al caer sobre los cráneos de sus enemigos.

Menegas, El Tuerto y El Extremeño corrieron a ayudarlo. La lucha se generalizó, desbaratando por un momento la formación enemiga. Ante la furia de la ola de alabarderos, que combatían en compacto grupo, retrocedieron los filibusteros.

De improviso, Fernando se desplomó, llevándose las manos a la pierna. Intentó sostenerse, pero alguien le golpeó en la cabeza. Hubo entre los españoles un instante de confusión que aprovecharon los bucaneros para huir, junto con la patrulla que habían salvado. A escasa distancia volvieron a detenerse e hicieron fuego. Varios corsarios cayeron sin vida. Menegas, que había tomado el mando, ordenó:

—Salgamos de aquí.

Se ocultaron los corsarios entre los matorrales. El Tuerto alzó la alabarda, disponiéndose a iniciar una carga, pero Menergas se lo impidió.

—Tan sólo lograríamos que nos asesinaran, sin lograr ninguna ventaja. Quedémonos aquí, aun podemos ver hacia dónde se dirigen.

Los filibusteros no parecían dispuestos a continuar su retirada. Rodilla en tierra, seguían haciendo disparos sobre los españoles. De pronto, El Extremeño gritó:

—¡Mirad, en aquella loma!

A lo lejos, limitando la extensa sabana, se alzaba, urna colina, sobre la que se veía mucha gente detenida.

El Tuerto forzó la vista.

—Es el campamento de
L'Olonais.

¡Y tienen artillería!

—Corramos a informar al capitán —dijo Menergas, retrocediendo rápidamente.

* * *

Villegas escuchó el relato que le hacía el alabardero.

—Habéis trabajado bien. ¡Pobre Mendoza! —exclamó—. Pero es la suerte de la guerra. —Hizo una pausa y, volviéndose a sus oficiales, agregó—: Partiremos al amanecer. Si lo hiciéramos ahora, alcanzaríamos la posición de

L'Olonais

por la noche y caeríamos en una emboscada. De este modo concluyo con fiereza, —nos enfrentaremos a pleno día.

CAPÍTULO XII

PREPARATIVOS

Menergas y sus dos amigos se quitaron los casos y los coseletes y se sentaron entre los supervivientes de la patrulla.

Varios corsarios les sirvieron pan y tocino. Otro les presentó una calabaza de aguardiente. Permanecían callados los alabarderos, recordando a su jefe, a quien ya jamás seguirían en una carga.

De pronto, se oyó una voz que decía:

—¡Pardiez, qué muchacha más hermosa!

Otra exclamó:

—Es Lucero, la moza, del «Mesón Buenosvinos».

Menergas alzó la cabeza. La joven avanzaba hacia él, se la veía pálida y desencajada, pero sus labios se entreabrían con una sonrisa de esperanza.

—¿Dónde está Fernando? —preguntó—. Hasta esta mañana no he sabido que acampabais aquí. —Al ver que el corsario no respondía, se agrandaron sus hermosos ojos—. ¿Dónde está Fernando?

Menergas inclinó la cabeza y no contestó. Lucero se acercó a él, sujetándole por la camisa. Un presagio parecía brillar en su mirada enloquecida.

—¿Qué le ha ocurrido a Fernando?

El corsario respondió con voz ronca:

—Ha muerto.

La muchacha se tambaleó, llevándose las manos al pecho. El Tuerto y El Extremeño se apresuraron a sostenerla, mientras Menergas explicaba lo sucedido. La joven le escuchó con ansiedad.

Cuando concluyó el corsario, le miró con horror y con desprecio.

—¿Y fuisteis capaces de abandonarle? —dijo.

La miraron los tres amigos, sin ningún rencor.

—Sabes que de haber podido le hubiéramos salvado, pero nada pudimos hacer —dijo El Tuerto.

—Eres injusta con nosotros —se dolió El Extremeño.

Lucero se mordió los labios con desesperación.

—Pero ni siquiera os cerciorasteis de si había muerto —balbuceó —. Quizá le hubieran podido salvar y ahora está allí desangrándose.

Menergas meneó la cabeza.

—No te tortures, Lucero.

Tristemente, la muchacha se separó de los corsarios. En su mente sólo cabía una idea. Fernando había muerto. Quedó tendido en la sabana, lejos de los cuidados que ella le hubiera sabido proporcionar. Quizá ni siquiera murió en el primer instante y su existencia se fué escapando lentamente, entre los más terribles sufrimientos. Quizá en aquellos instantes se encontraba con vida, devorado por la fiebre y por la sed, sin que nadie le ayudara.

Se irguió Lucero, en un impulso incontenible. Sí, existía alguien dispuesto a ayudarle. Ella le amaba y no quería dejarle morir. Además, si no podía devolverle la vida, quería ver por última vez su cuerpo y darle sepultura cristiana, para que los cuervos y los coyotes no lo devorasen.

Sin vacilar un instante, Lucero se internó en la selva dispuesta a encontrar al hombre que amaba.

* * *

L>a noche extendía su manto sobre la tierra. En el campamento de los corsarios reinaba una gran actividad. Villegas y los oficiales estudiaban el plan de ataque, mientras los hombres se preparaban para la larga marcha a través de la selva.

* * *

Lucero se detuvo para contemplar la granja que la luna bañaba con sus rayos de plata. Sabía la joven que no lejos de aquel lugar se

encontraba Fernando.

Se sentía muy cansada y la marcha a través de la selva le había destrozado las ropas. Al caer la noche, tuvo miedo, pero luego se acostumbró, alejando de sus pensamientos a las fieras que poblaban el bosque.

Con nuevos ánimos reanudó su caminata. Pasó ante la vivienda saqueada, persignándose al recordar a los cadáveres que allí había. La muerte la asustó siempre, desde que era niña. Recordaba cómo lloró al ver a su madre en el ataúd.

Buscó con la mirada los matorrales entre los que yacía Fernando. Ni por un instante pensó en que los bucaneros podían capturarla. En realidad, no le importaba lo que pudiera ocurrirle si no encontraba a Fernando.

Avanzó, venciendo su fatiga, a lo largo de la sabana. La noche era clara y estrellada, lo que favorecía sus planes. De improviso vio en el centro de la llanura un grupo de matorrales sobre los que revoloteaban zopilotes^[9] dando graznidos. La muchacha lanzó un grito de horror y echó a correr. Quizá aquellos fúnebres pajarracos hundían sus picos en las carnes de Fernando. Como una loca, se dirigió hacia los arbustos. De pronto, una voz quejumbrosa y ronca la hizo detener:

—¡Lucero!

Era: Fernando, sin duda alguna.

El sonido de aquella voz estaba bien grabado en sus sentidos.

—¡Lucero!

La joven se volvió, buscando entre las sombras el cuerpo de su amado. Por un instante temió haberse vuelto loca. Por fin sus ojos distinguieron una forma que se agitaba junto a los arbustos. Era Fernando.

Corrió junto a él y se arrodilló, tomándole entre sus brazos. El semblante, de Mendoza se veía cubierto de sangre y de polvo. Lucero le limpió la cara con su pañuelo y después le estrechó sobre su pecho, mientras dos lágrimas de felicidad resbalaban por sus mejillas. —¿Eres tú de verdad?— preguntó Mendoza.

—Sí, soy yo, mi vida.

—Es que —balbuceó el corsario—, tengo fiebre y no sé cuándo son visiones y cuándo es realidad. He permanecido mucho rato inmóvil sobre la tierra, soñando con tus caricias. Recordaba lo

buena que siempre has sido conmigo y lo feliz que era a tu lado y me decía que todo había concluido. Cuándo te he visto he creído que eras un sueño también.

—He venido a buscarte —sollozó la muchacha—. Quiero que vivas porque te necesito.

—Yo también te necesito, Lucero —exclamó el segundón—. Mientras permanecía rodeado de cadáveres me he dado cuenta de lo mucho, que te quiero. Ayúdame a marcharme de aquí.

Sonriendo dichosa a través de sus lágrimas, Lucero sostuvo por la cintura a Fernando y penosamente se alejaron de aquellos lugares.

* * *

Los corsarios permanecían en pie, apoyados en sus armas. Los oficiales rodeaban a Villegas, escuchando las últimas instrucciones. El capitán hizo una seña y la salvaje columna se puso en marcha. En el horizonte, una débil claridad anunciaba el nuevo día.

* * *

Durante muchas horas, Fernando y Lucero permanecieron en la granja saqueada. En el interior de la choza se encontraban más seguros y no era fácil que los bucaneros fueran allí, pues nada quedaba que pudiera atraer su codicia.

El corsario temblaba de fiebre, pero a no ser por la sed que le consumía, nada daba a entender los padecimientos que le dominaban. La herida de la pierna se hinchaba y la cabeza le dolía bastante. Sin embargo, contenía sus flaquezas con orgullosa serenidad. Lucero permanecía a su lado, prodigándole frases de cariño, acariciándole y besándole su frente febril. Había colocado una vasija de agua junto al herido para que pudiera servirse sin necesidad de molestarse.

Mendoza la contemplaba en silencio y de cuando en cuando tomaba las manos de la joven, que se llevaba a los labios.

Así pasó la noche. Luego, el día se anunció con una débil claridad, que se fué haciendo más fuerte hasta que en el cielo azul

brilló un sol de encendidos oros.

Al quedar atrás la noche, fué como si todas sus penas y todos sus sufrimientos hubieran desaparecido. Los dos jóvenes se miraban, sonriendo de felicidad. Estaban juntos, para no separarse más que bajo la presión de la muerte.

De pronto Fernando exclamó:

—Escucha. Alguien viene.

Lucero se acercó a una ventana, mientras el corsario amartillaba el arcabuz que el labrador no pudo emplear en defensa de su casa. La joven miró hacia la colina. Temió que los bucaneros avanzaran y que fueran capturados. La sabana se veía desierta. Entonces miró hacia la selva.

Una columna de hombres esbeltos y morenos, de largos bigotes y ardiente mirar, avanzaba con las armas descuidadamente apoyadas en el hombro.

Lucero no pudo reprimir una exclamación de júbilo. En cabeza, con la espada desnuda y una alegre sonrisa de desafío, marchaba el alférez Juan Pérez de Lerma.

—¡Son los nuestros! —gritó—. ¡Fernando, son los españoles! Estamos salvados.

Mendoza probó de incorporarse, pero no pudo.

—¡Llámales, Lucero, llámales!

La joven se asomó a la ventana.

—¡Aquí, corsarios, aquí!

Se detuvo la vanguardia de la columna. La muchacha vio cómo el alférez hablaba con Menergas y con El Tuerto. Este último exclamó:

—¡Pardiez, si es Lucero!

—Fernando está aquí —les avisó ella.

A toda prisa corrieron los alabarderos hacia la choza, lanzando gritos de júbilo.

—¡Mendoza! ¡Mendoza!

Entraron en la habitación y rodearon al herido.

—Creíamos que te habían matado —se excusó Menergas—. Por esta razón no te recogimos.

Fernando les miró con sorpresa.

—Vuestra obligación era regresar enseguida al campamento e informar de lo que ocurría, no recogerme a mí.

En la puerta apareció el alférez.

—¡Vaya! —exclamó—. Veo que ni siquiera las heridas pueden acabar contigo. —Luego examinó la choza y agregó—: Esto será un buen lugar para que se acomoden los heridos.

Salió de la choza y al poco rato entraron tres marineros, que se dispusieron a enterrar a los muertos.

—Nosotros nos quedamos aquí para atender a los descalabrados —explicó uno—. Va a entablarse una batalla.

Los alabarderos se reunieron con el resto de la fuerza y la columna continuó su marcha a través de la sabana.

Ayudado por la joven vio Fernando cómo los alabarderos marchaban en vanguardia, como de costumbre, pero aquella vez no los mandaba. Sonrió con tristeza al tiempo que murmuraba.

—Buena suerte, camaradas.

Los españoles cruzaron la sabana, avanzando hacia la colina, donde acampaban las fuerzas de Francois L'Olonais.

El cielo se presentaba sin nubes, la tierra y el mar resplandecían bajo el sol. No parecía una jornada de guerra.

En lo alto de la loma comenzó a advertirse cierta actividad. Como un reto, habían clavado los bucaneros la bandera negra que flameaba al viento.

Villegas formó a sus tropas en orden de combate. Demostraría a aquellos proscritos lo que significaba enfrentarse con las armas españolas. La enseña de la compañía de Ruiz de la Aldea presidía majestuosamente su marcha. Los corsarios seguían al gallardete azul que sostenía Pérez de Lerma en el extremo de una pica.

Los marineros, con sus machetes y sus pistolas, se disponían a tomar parte en la lucha. Gómez Cueva les contemplaba con asombro. Jamás había visto el capitán aquel sistema de lucha tan poco reglamentario, pero Azogue y Matholi sonreían con satisfacción. Ellos conocían los métodos de guerra de los «delats» y sabían muy bien que nada ni nadie podía oponerse a su ataque.

La columna avanzó con rapidez. Los semblantes de los hombres se contraían ante la proximidad de la batalla. La razón y el fin de su entrenamiento iba a salirles al paso, para conducirles a la victoria.

Se encontraban ya muy cerca de la colina. Podían distinguir los atrincheramientos de los bucaneros y las bocas de los cañones que

apuntaban hacia la sabana. Las figuras de los filibusteros se veían con claridad. De improviso, un tropel de hombres saltó por encima de los atrincheramientos y descendió por la colina, blandiendo machetes y fusiles y enfilando las picas hacia los españoles. Villegas dio una breve orden:

—¡Formen el cuadro!

CAPÍTULO XIII

LA BATALLA

Con rapidez se agruparon los marineros, al tiempo que los arcabuceros formaban un cuadrilátero a su alrededor. Luego, los piqueros se colocaron delante de estos últimos.

Quedó así formado un cuadro que se erizaba de picas y de alabardas. Los cañones de los arcabuces apuntaban hacia el enemigo, a través de los hombres de primera fila y los marineros amartillaban sus pistolas, para hacer fuego sobre los bucaneros.

Sin formación alguna, las huestes de L'Olonais

descendieron por la colina y cruzaron la sabana en dirección al lugar donde los españoles les esperaban a pie firme. Los filibusteros aullaban como demonios y sus ropas chillonas y torsos desnudos brillaban al sol. Las armas relucían y sus semblantes feroces se contraían con el ansia de matar.

Cada vez estaban más cerca. En el cuadro, los españoles permanecían inmóviles como estatuas. Un soldado joven, que formaba junto a un veterano corsario, tembló ligeramente. Su compañero le amonestó.

—Modérese vuesa merced, que los bucaneros se burlarán de nosotros.

La horda proscrita cargaba como una manada de toros salvajes contra el cuadro. Menergas murmuró al oído del Tuerto:

—Te apuesto diez piezas de a ocho a que les detenemos en seco.

—De acuerdo —respondió el otro—. Si gano, me pagarás en el otro mundo.

Capitaneados por
L'Olonais,
los filibusteros cargaron como bestias feroces.

Se oyó de pronto la voz de Villegas:

—¡Fuego!

Una descarga cerrada se alzó por encima de la algarabía de los gritos de los desalmados.

Los bucaneros que marchaban en cabeza cayeron, revolcándose sobre la hierba. Sus compañeros, al no detener su carrera, los pisoteaban sin clemencia.

Rápidamente cargaron sus arcabuces los españoles y de nuevo ordenó el corsario:

—¡Fuego!

El estampido de las armas estalló de nuevo y más filibusteros mordieron el polvo.

Entonces, los de las picas afirmaron sus armas. Había llegado su momento.

Los bucaneros atacaron con furia, saltando sobre el cuadro que se erizaba de acero. Los primeros quedaron clavados en las picas. Rápidamente libraron sus armas los españoles y presentaron la acerada punta al enemigo. Sin descanso, cargaban sus fusiles y hacían fuego los arcabuceros. Los proscritos dirigían feroces golpes con sus aceros y sus picas, al tiempo que otros disparaban sus armas de fuego.

Cuando un piquero o un arcabucero caía, inmediatamente se destacaba un marinero que ocupaba su lugar. Estos últimos disparaban también sus pistolas sobre la horda de filibusteros. Villegas y los oficiales no descansaban vaciando sus armas sobre los enemigos y dando órdenes.

Aquella inexplicable fortaleza humana comenzó a desmoralizar a los bucaneros. Bajo el acero y el plomo de los españoles caían muertos muchos de sus compañeros.

L'Olonais

vio con furor cómo sus hombres comenzaban a flaquear. Algunos grupos se replegaban ya. Si no lograba detenerlos, la retirada sería inevitable.

—¡Leach! —le gritó a Jeremy, que era quien más cerca estaba de los fugitivos—. Detén a esos cobardes.

El capitán bucanero se reunió con los que huían. Comenzó a hablarles a gritos, señalando el cuadro con la espada. Villegas alzó la pistola y apuntó con cuidado. Luego oprimió el gatillo.

Jeremy Leach se desplomó con el cráneo atravesado. Esto acabó de atemorizar a los fugitivos, quienes ya no dudaron en huir a toda prisa. El pánico se generalizó y los bucaneros emprendieron la retirada hacia sus posiciones, perseguidos por los disparos de los españoles. Francois y Davis marchaban los últimos, intentando apaciguar el miedo de sus hombres.

Por medio de su catalejo, Villegas observó los atrincheramientos enemigos. Sin duda alguna se disponían a repeler un ataque. Diego sonrió. Esto era precisamente lo que pensaba hacer. La sabana se veía sembrada de cadáveres. El número de ambas fuerzas quedaba más igualado y llegaba el momento con el que soñaban los españoles: el cuerpo a cuerpo, donde triunfaba el valor y la audacia.

Cursó sus órdenes con rapidez y al instante formaron las compañías. En el centro, constituyendo el núcleo principal de ataque, marchaban los piqueros, con los cascos y los coseletes brillando al sol. A los lados, los arcabuceros sostenían su avance con un fuego eficaz y certero. En los flancos, los marineros formaban grupos volantes que protegían con sus machetes y pistolas la marcha de las compañías.

En cabeza se situaron los alabarderos a las órdenes de Pérez de Lerma, que enarbolaba el gallardete azul. Ante el grueso de la fuerza flameaba la bandera de la compañía de Ruiz de la Aldea.

A una señal de Villegas, los pífanos y los atambores iniciaron el paso de carga.

Los españoles se pusieron en movimiento, enfilando sus armas hacia el enemigo. El batir de los timbales y el tañido de los pífanos se elevó sobre la verde sabana. El rumor de los acompasados pasos de los corsarios se mezcló con la música guerrera.

Como una legión de fuego y de acero, los españoles avanzaron hacia la posición enemiga. En sus semblantes curtidos se advertía el ansia de lucha que les ardía en la sangre.

Cruzaron la planicie al ritmo de la música de combate, sin un ademán de cansancio o de debilidad. Eran los aventureros que por un instante habían hallado su razón de ser. La guerra abierta contra los enemigos de su patria.

Desde las posiciones de los filibusteros, los mosquetes abrieron un fuego cerrado y mortífero. Pero a pesar de que caían españoles, la columna seguía su marcha, inexorable como la muerte. No semejaban hombres, sino diablos que hubieran dictado la destrucción de las huestes del Olonés.

Francois hizo una señal con la mano y dio una orden:

—¡Fuego!

La artillería comenzó a rugir, enviando bombas y metralla sobre los asaltantes. Eh la posición de los proscritos se alzaban nubes de humo, que envolvían por unos instantes a los filibusteros. Por encima de crepitar de los mosquetes, se oía el rugido de los cañones.

Entre la columna de corsarios caían balas de cañón, que alzaban nubes de polvo y sobre sus cabezas se desparramaba una lluvia de metralla.

Pero los españoles continuaban avanzando hacia la colina. En los disparos de los mosquetes se advertía ya cierta inquietud, que desviaba las balas.

Varios cadáveres señalaban el paso de la columna asaltante.

Llegaron por fin a la falda de la colina. Villegas levantó su espada y gritó:

—¡Santiago y cierra España! Cesaron de batir los atambores y no se escuchó el tañido de los pífanos, pero un aullido feroz y salvaje se alzó sobre la sabana. Entonces, los españoles echaron a correr, inclinados sobre las armas, hacia la posición enemiga.

Los filibusteros distinguieron sus semblantes morenos, iluminados por una diabólica alegría.

Como una tromba saltaron al interior de la posición. Esgrimiendo sus armas, atacaron a los bucaneros que se aprestaban a la defensa. Los alabarderos y piqueros abrían brecha entre las filas de enemigos, los arcabuceros les atacaban a culatazos o repartían estocadas con sus tizonas. Los marineros les acuchillaban con los machetes sin piedad.

Los servidores de las piezas fueron derribados, impidiendo de este modo que funcionaran los cañones. Por su parte, los bucaneros se defendían con tesón.

Sobre la colina se oían los gritos de los luchadores, los gemidos de los heridos y el chocar de las armas.

Ohando cortó en dos de un golpe el arpón de Fiorsen y después atravesó al sueco de parte a parte. Villegas dirigía a sus hombres, en un esfuerzo para separar a los proscritos. Su acero formaba un círculo de muerte a su alrededor. Lentamente, los bucaneros abandonaron la posición, replegándose hacia la costa. En retirada se batían con los españoles.

L'Olonais y Davis animaban a sus hombres a que siguieran luchando. Pérez de Lerma se enfrentó con Angus Donalbain. El escocés blandió en el aire su pesado «claymore», cargando sobre el español. El alférez esquivó el golpe y le dirigió una estocada a la garganta. Angus se desplomó, intentando hablar, pero su yugular cortada no le permitía articular par labra.

Gremillon se ocultaba entre los muertos para asestar puñaladas a traición a los españoles. Lanzando chillidos desagradables cada vez que agredía a un corsario. En su semblante deforme resplandecía una sonrisa de crueldad. Fajeda vio cómo el enano asesinaba por la espalda a un amigo suyo y empuñando la espada desnuda se acercó al deforme bucanero. Le asestó un golpe de plano en la cabeza que derribó a Gremillon. Luego lo ensartó con su espada y le alzó en el aire. Clavado en el acero braceaba y chillaba el enano, que lentamente iba purgando sus crímenes.



Los españoles echaron a correr hacia la posición enemiga...

Los bucaneros retrocedían hacia la playa, para embarcar de nuevo y alejarse de Yucatán. Sin embargo, los españoles les acuchillaban con ferocidad. Un grupo quedó detenido, cerrando la marcha de los corsarios; otros huyeron hacia el único buque que se encontraba en buen estado. Edward Davis los dirigía. Se encaramaron por los costados. Se vio a la negra y desnuda figura de

Santos que subía como un mono por la cadena del ancla. Una vez a bordo, los bucaneros abrieron fuego con sus cañones sobre los corsarios. Protegidos por esta barrera de plomo, el único navío de la flota de Francois

L'Olonais

se hizo a la mar.

Los filibusteros que quedaban en la playa arrojaron, las armas y se entregaron. Villegas ordenó a sus hambres.

—Agrupadlos y buscad a Francois

L'Olonais.

—Luego se volvió hacia el mar y contempló al buque que se alejaba —. Hemos vencido —murmuró.

Al poco rato se acercó Ruiz de la Aldea hacia Villegas, diciéndole:

—Señor capitán, dicen los prisioneros que el Olonés ha muerto.

En la plaza mayor de Campeche formaban las dos compañías que llegaron de Panamá y toda la tripulación de «El Antillano», al mando de sus respectivos oficiales.

Soldados y corsarios contrastaban entre sí a causa de su atuendo. Los primeros vestían coletos y chambergos y coseletes y cascos. Los segundos, las ropas que más les agradaban. Pero todos poseían una nota en común, la energía y la audacia que brillaba en sus ojos de ardiente mirar.

La plaza se veía atestada de público que había acudido a vitorear a sus salvadores. Aquellos hombres les habían salvado del saqueo y de la esclavitud. Los jóvenes les contemplaban con no disimulada envidia, mientras los viejos experimentaban cierto temor. Los corsarios y los soldados eran hombres de guerra, que llevaban la muerte en el costado. Las mujeres contemplaban con admiración a los gallardos aventureros del mar.

Rodeado por su escolta, el alcalde se acercó a la formación. Batieron los atambores y soldados y corsarios adquirieron una rígida posición de firmes. El alcalde devolvió el saludo a los capitanes. Cuando se hizo de nuevo el silencio, comenzó a decir:

—Capitán Villegas, muy grande es nuestra gratitud para poderla expresar con palabras. No es fácil dar las gracias al que nos ha salvado la vida y vos y vuestros hombres, señor capitán, nos habéis salvado algo más que la vida. Os debemos el honor. —Hizo una

pausa, durante la que los corsarios se miraron con orgullo entre sí. Luego añadió—: Creo, sin embargo, que he encontrado la manera de haceros patente la gratitud de esta ciudad. Hasta ahora habéis entrado en fuego guiados por un gallardete azul, que los enemigos de España han aprendido a temer. Pequeña es vuestra enseña para tan grande valor. La ciudad de Campeche quiere entregaros una nueva enseña para que nunca olvidéis nuestro agradecimiento.

Tomó el alcalde un asta de bandera que sostenía un alguacil. La desenrolló, permitiendo que todos pudieran admirar el nuevo estandarte de los corsarios. Era una bandera como las de las compañías del ejército, de color azul, con la Cruz de Santiago en el centro. Se la entregó a Pérez de Lerma, quien la sostuvo en alto.

Fernando, que permanecía entre la multitud, apoyado en un bastón, le sonrió a Lucero, que se encontraba a su lado.

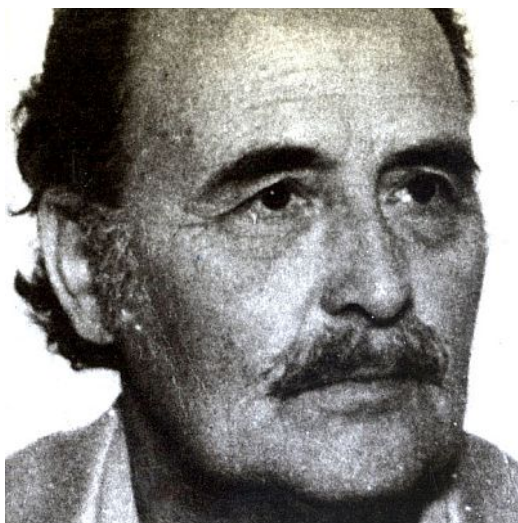
Un sacerdote se acercó y bendijo la enseña, que se inclinó ante el ministro del Señor.

Luego, el alférez se situó en un extremo de la plaza. Villegas se colocó a la cabeza de su tripulación. Batieron los atambores y se oyeron los pífanos.

Los corsarios desfilaron parcialmente ante su nueva bandera.

Un sirviente mestizo, de expresión diabólica, contemplaba aquella escena con los puños apretados.

fin



Jacinto León-Ignacio Ruiz de Cardenas
(1919-1991):

H. Onson). Nacido en Barcelona, trabajó como redactor de la revista de cine Fotogramas colaborando también en El Correo Catalán, Algo Horizonte y TeleExpres. Fue un prolífico traductor entre otros de las obras de Hemingway y Jack London. Cultivó en la novela popular no sólo el género bélico sino otros como el Oeste y policiacas, firmando como León-Ignacio, J. León, J. Dixon, y Sterling Graham. Era el autor de la gran mayoría de las novelas de la colección Hombres del Oeste, de la editorial Clíper, y un buen número de títulos en otras colecciones como Pueblos del Oeste, también de Clíper, y en varias de las series dedicadas al western de Bruguera, donde también escribía como J. de Cárdenas en la colección Bisonte y en Servicio Secreto de Bruguera como J. Dixon y Sterling Graham. Con el seudónimo León-Ignacio publicó cuatro libros de tipo histórico, A ras de tierra, Corpus de Sangre, Los quinquis y Los años del pistolerismo en Barcelona. Ensayo para una guerra civil. La mayor parte de las novelas de la colección Bazooka se deben a su buena información sobre la Segunda Guerra Mundial. El cuidado que transparenta su información sobre los hechos que relata se nota en los numerosos pies de página para informar al

lector sobre las técnicas las tácticas de los contendientes. Acompaña un plano para poder seguir el acontecimiento que describe.

Notas

[1] Espada escocesa. < <

[2] En las antiguas compañías de comedias, «Matamoros» que chillaba mucha refiriendo sus hazañas sin que jamás las hubiera llevado a cabo. Se comprende así la injuria del corsario. < <

[3] En aquella época, todo Centro América formaba parte del Virreinato de Nueva España, bajo el nombre de Panamá. < <

[4] Los indígenas de la isla de Mindanao, una de las mayores del archipiélago Filipino, son de raza malaya pero pertenecen a la religión mahometana. Cuando los primeros españoles les vieron con el turbante y haciendo las prácticas de su secta, las calificaran de «moros» y este nombre quedó. < <

[5] Protestantes franceses. < <

[6] Antigua moneda española. < <

[7] Soldados de caballería pesada. < <

[8] Planicie de las tierras tropicales. < <

[9] Buitres mejicanos. < <